

La Sabiduría; Humana y Divina

Por Charles H. Welch

Retirado de: bibleunderstanding.com

Con el título original: Wisdom: Human and Divine

El Expositor de Berea

Una comparación de la procura a tientas de la verdad de los antiguos filósofos con la verdad que se revela en la Escritura, con el objetivo de que el creyente pueda llegar a apreciar mejor y ser más agradecido por la Palabra de Dios Viva y Escrita que ha recibido.

Esta serie de artículos se escriben como una extensión de la serie devotada a la exposición de Colosenses 2.

El Cristo Personal, el fin de toda filosofía

La filosofía tan solo se menciona una vez en la Escritura, y tan solamente para ser denunciada como algo inútil, hueco y engañoso (Colosenses 2:8). Los filósofos son mencionados en los Hechos de los Apóstoles – los Epicúreos y Estoicos (Hechos 17:18) – pero lo que el apóstol nos expone aquí es su total ignorancia, el completo fracaso de todo filósofo, a quienes se dirige hablándoles del “Dios desconocido” a quien ellos “ignorantemente adoraban”.

Para el creyente cristiano, la filosofía no puede contribuir ni ser provechosa para nada. Todo lo que se aproxima a la verdad en la filosofía se encuentra sin mezclas añadidas en la Escritura no adulterada. La Filosofía es una parte de la sabiduría de este mundo, la cual es vana e inútil. Pero debemos ser cuidadosos, pues el propio apóstol que expuso la vanidad de la filosofía y enseñó la plenitud de Cristo, no adoptó para con estos ancianos filósofos una actitud de burla o escarnio, sino antes bien se compadecía de ellos, de su pobreza espiritual. Un dicho de la filosofía que el creyente bien puede aprender es que “Verdad solo hay una”, sin tener en cuenta por quién se da a conocer. El apóstol no duda a la hora de citar el himno del Estoico *Cleanthes* en Hechos 17:28, aun cuando dicho filósofo había nacido 300 años antes de Cristo y fuese un incrédulo. Con él nos recuerda Pablo que, tanto Griegos como Judíos, todos provienen de “una misma sangre”; y enseña que la providencia de Dios para con ellos tenía como objetivo que “procurasen al Señor, si en alguna manera, *palpando*, pudieran así hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros” (Hechos 17:26, 27).

Podremos apreciar mejor el peso de estas palabras sobre los oidores Estoicos y Epicúreos después que hayamos aprendido algunas de sus peculiares enseñanzas. Hablándoles a los idólatras en Listra el apóstol les dijo:

- Él (el Señor) no se dejó a Sí Mismo sin testimonio, haciendo bien, dándonos lluvias del cielo y tiempos fructíferos, llenando de sustento y de alegría nuestros corazones (Hechos 14:17).

El segundo capítulo de la Epístola a los Romanos, problemático como pueda ser, claramente indica que las naciones de la tierra, aunque careciendo de la Ley de Moisés, no fueron dejadas sin testimonio. Y además el apóstol escribe:

- Porque cuando los Gentiles que no tienen ley, si hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos (Rom.2:14, 16).
- Así pues, si el incircunciso guardare las ordenanzas de la ley ¿no será tenida su incircuncisión como circuncisión? (Rom.2:26).

El testimonio de Romanos 1:19-23 es muy claro y explícito: Aquello que puede ser conocido del Dios invisible, aparte de Cristo y Su obra acabada, le ha sido mostrado a las naciones de la tierra. Conocieron a Dios, pero no le glorificaron como Dios, y en consecuencia fueron degenerándose, yendo de mal a peor. Sin embargo, no sería amoroso ni sería verdad negar que, a pesar de toda esta ignorancia y oscuridad tenebrosa, haya algunos que, para vergüenza nuestra, con un genuino deseo por la verdad y con una persistente indagación que bien podríamos imitar, “palpando”, procuran así a Dios, por si felizmente así de ese modo pudieran hallarlo.

Para nosotros el Hijo de Dios ha venido, y con Su venida ha resuelto todo el problema que desconcertaba a la antigua sabiduría. Si pudiésemos darnos cuenta de los conflictos y obstáculos que enfrentaron estos hombres procurando a tientas en la oscura humana sabiduría, seríamos probablemente mucho más agradecidos por la luz de la revelación que a nosotros nos ilumina, y además, por la resolución en abierto de todo misterio “en la faz de Jesucristo”.

Es con este objetivo que presentamos una examinación de la filosofía de los Antiguos, confiados en que no solamente seremos sanamente reprendidos en el espíritu a medida que contrastemos nuestra actitud hacia la verdad revelada con el intenso deseo de estos hombres de la antigüedad procurando la verdad, sino que además, por la contemplación de sus dificultades y obstáculos, percibiremos cuál sea el punto en muchos dichos de la Escritura Inspirada que han sido por todos ellos ignorados y pasados por alto.

Hablando tan solo de dos entre muchos ejemplos de la antigua sabiduría, F.W. Farrar dice de la luz que entonces poseían, que era “*suficiente para dar humildad, y paciencia, y ternura a un irresponsable Emperador Romano, y liberación y contentamiento, y una imperiosa magnanimidad... a un esclavo de Frigia*”.

Escribiendo a los Colosenses, y avisándoles de la vanidad de la filosofía, el apóstol pone en contraste el hecho de que, en Cristo, *habita la plenitud de la Deidad corporalmente* (Colos.2:8, 9). Aquí yace una verdad que, una vez que se percibe, convierte todo cuanto así se denomina “luz” en el mundo en tinieblas de media noche, y expone abiertamente la locura que impera a través de la sabiduría del mundo. Leemos la palabra “corporalmente” aquí, pero, ¿cuántos de nosotros hemos llegado a apreciar su pleno significado? Después que hayamos ido siguiendo con sorpresa las especulaciones y los razonamientos de la anciana sabiduría, para descubrir que la cuestión por Dios o “el Absoluto” con ella tan solo nos guía al fin y al cabo a un medio pantanoso de abstractas ideas, seremos entonces capaces de ver con renovado regocijo y paz que en la “Cristiandad” toda doctrina y toda revelación del Dios Padre es *Personal*.

Dios es visto “en la faz de Jesucristo”. La Palabra “se hizo carne”. Dios, Quien es invisible, se da a conocer por Aquel Cuya imagen es la mismísima imagen del Dios Invisible –

- Mirad que nadie os engañe...filosofía...Porque en Él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad (Colos.2:8, 9).

El escritor de estas palabras no podía esperar transmitirle al lector el abrumador sentido de gratitud que albergaba en su alma, por el don de Cristo; pero para él la contemplación del uso de una palabra griega le producía en esta conexión un enorme regocijo. La palabra se encuentra en Hechos 17:27. El apóstol está hablando del mundo pagano, abandonado en la ignorancia y oscuridad, tan solo sujeto con los tratos providenciales externos que los guiaban a que:

Procurasen al Señor, para ver si felizmente así, PALPANDO, pudieran por fin hallarlo (Hechos 17:27).

La palabra vuelve a aparecer también en Lucas 24 y 1ª Juan: - “Mirad Mis manos y Mis pies, que Yo Mismo soy, PALPAD, y ved” (Lucas 24:39). “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y PALPARON nuestras manos tocante al Verbo de Vida” (1ª Juan 1:1).

A nosotros se nos ha dado a conocer “*el misterio de la piedad: Dios fue manifiesto en la carne*”. Los antiguos filósofos ni por sombra se imaginaron que todos sus problemas serían resueltos por la condescendencia de Dios en la encarnación de Jesucristo. En tan solo una frase el Salvador se asienta de una vez toda la cuestión de las eras o edades: “Aquel que me ha visto a Mí, ha visto al Padre”. Con las Escrituras abiertas delante de él, el humilde creyente sabe más que todos los filósofos de la antigüedad en su conjunto. Como ha sido escrito concerniente aún del niño chico en la Escuela Dominical:

En cada palabra tierna del niño,
alguna gloriosa verdad se proclama.
Lo que sabios habrían dado su vida por aprender,
ahora las amas de casa proclaman.

Cowper, el escritor de los *Himnos Olney*, y traductor de la Iliada y la Odisea, un hombre que conoció tanto la verdad del evangelio como la enseñanza de los filósofos, escribió: “*Tu revelación satisface resolviendo todas las dudas*”, “¡Cuán a la letra, al modo que Pablo nos ha servido con un texto a nosotros, habría del mismo modo predicado a Epictetus, o a

Platón! Hombres que, si estuviesen ahora vivos, se habrían sentado a sus pies felices y contentos, aprendiendo el valor de un Salvador. Tal era el amor que estos hombres tenían de la verdad, su sed de conocimiento, y además su tierno candor.”

No vamos a caer en el error de permitirle a Platón que predique; lo que esperamos hacer en los subsecuentes artículos es comparar aquel “PALPAR” de la desamparada sabiduría, con el “PALPAD Y VED, que Yo Soy” de la revelación de Dios en Cristo. Si al final de cada artículo nuestros corazones no arden igual que los del camino de Emaús, en contraste con el doloroso *andar a tientas* de la antigüedad, esto es, cómo Él, la Palabra en Persona, nos halló mientras íbamos de camino y nos abrió Las Escrituras, entonces toda nuestra labor habrá sido en vano. Con todo ruego oramos para que el lector no deje de apreciar, como nunca antes, la gracia que se nos ha manifestado “**en la faz de Jesucristo**”.

La obra de la Ley escrita en el corazón (Rom.2:15)

Tal como se expone en los escritos de dos filósofos

En nuestro artículo de apertura procuramos mostrar que las Escrituras reconocen que el mundo antiguo poseía en alguna medida el conocimiento de Dios, pero que en gran parte este conocimiento se abandonó. No obstante, la providencia de Dios sobre todas Sus obras fue dispuesta para que los hombres procurasen al Señor, si por ventura pudiesen así, *palpando*, hallarle en sus indagaciones – “si bien no está lejos de cada uno de nosotros”.

No es que Dios se haya apartado del hombre, sino que antes bien, el hombre, por causa del pecado, no puede verle ni comprenderle. El hombre precisa de un *Mediador*, necesita un *Salvador*; y la enorme diferencia entre toda la filosofía y la revelación de Dios encuentra su máxima expresión en la Persona y Obra de Cristo. Donde el filósofo “palpa” pero no encuentra, el creyente bien puede decir: “Palparon nuestras manos”. Aquel que nos ha revelado al Padre también quitó nuestro pecado. La filosofía nada sabe, ni de una expiación ni de un Redentor, y debe por consecuencia inevitable

acabar así, palpando, con la aparición de nuevos filósofos y novedosas filosofías, sin llegar nunca al conocimiento de la verdad.

Antes que sigamos adelante, permitamos que algunos de estos antiguos filósofos hablen por sí mismos, y así podremos ver cuán profundamente llegan a penetrar procurando verdad, y dónde exactamente acaban sus razonamientos. Vayamos al antiguo Egipto, famoso por su sabiduría. Se nos dice que la sabiduría de Salomón era de tal orden que sobrepasaba y excedía a “toda la sabiduría de Egipto” (1ª Reyes 5:30), una comparación que nos previene de poner de lado y despreciar sin ceremonias la sabiduría de Egipto como supersticiosa o ignorante. Cuando Esteban se refirió a Moisés, dice que fue “instruido en toda la sabiduría de los Egipcios, y que era poderoso en sus palabras y sus actos” (Hechos 7:22). Moisés ciertamente tuvo mucho que aprender, y una gran cantidad de cosas que “desaprender”, antes de llegar a ser *el más manso varón sobre la tierra* y un instrumento apropiado para uso del Señor; sin embargo, la referencia aquí a la sabiduría de Egipto es suficiente para prevenir nuestro menosprecio y burla.

Diseminadas a través de escritos del antiguo Egipto tenemos con nosotros una serie de palabras de origen Semítico indicando una íntima aproximación a los dichos del pueblo Hebreo y sus pensamientos. Por ejemplo, las palabras “un hábil escriba” son *shoper yode*; “montaña” es *har*; “listo” o “apto” es *maher*; “oro puro” es *kethen*, etc. En el Museo Británico hay un papiro, con el número 10474, que data alrededor de la diecisieteava dinastía, esto es, lo más aproximado al tiempo del destierro de Israel en Egipto. Este papiro contiene las enseñanzas de *Amen-Em-Ope*; y en un territorio que estaba tan invadido de ídolos, con toda certeza es digno de observar que Amen-Em-Ope nos hable de “Dios”. En caso de que algunos lectores puedan pensar que este sea un mero sentimiento de nuestra parte, nosotros recordaremos que un eminente y piadoso hebreo tal como lo fue José, no vio razón alguna para no contraer matrimonio con una hija de un sacerdote de On (Génesis 41:50). No pretendemos dar muchas citas de este papiro, pero en estas que damos a seguir encontramos una tal sintonía con pasajes en la Escritura como para cuestionarnos hasta qué punto estos antiguos egipcios debieron conocer y se acercaban a la verdad.

Tomemos por ejemplo las siguientes citas y veamos sus paralelos con pasajes en la epístola de Santiago:

- La lengua del hombre es el timón de un barco. Pero el Señor Universal es el piloto.
 - No te dejes impresionar por el rico vestuario, y no repudies al que viste solo andrajos.
 - Si no sabes cuál sea la voluntad de Dios, ¿para qué haces planes del día de mañana? (*Amen-Em-Ope*).
-

-

- Mirad también las naves, aunque tan grandes y llevadas de impetuosos vientos, son gobernadas por un muy pequeño timón, por donde el que las gobierne quiere (en referencia a la lengua)” (Santiago 3:4).
- Porque si en vuestra congregación entra un hombre con anillo de oro y ropa espléndida, y también entra un hombre con vestido andrajoso, y miráis con agrado al que trae la ropa espléndida y le decís: Siéntate tú aquí en buen lugar; y decís al pobre: Estate tú allí en pie, o siéntate aquí bajo mi estrado; ¿no hacéis distinciones entre vosotros mismos? (Santiago 2:2-4).
- ¡Vamos ahora! Los que decís: Hoy y mañana iremos a tal ciudad, y estaremos allá un año, y traficaremos, y ganaremos; cuando no sabéis lo que será mañana (Santiago 4:13, 14).

Ahora daremos tres ejemplos más del mismo papiro, en este caso el paralelo se da con pasajes del Libro de Proverbios:

- El carbón para brasas, y la leña para el fuego; y un hombre contencioso para inflamar disputas.
 - Mejor es un poco de pan con feliz corazón que la riqueza con dolor.
 - No digas: no he pecado; y no te disculpes para ocultarlo.
 - No adulteres la medida, ni falsifiques las pesas de la balanza; y no disminuyas las partes del trigo pesado (*Amen-Em-Ope*)
-

- El carbón para brasas, y la leña para el fuego, y el hombre rencilloso para encender contienda (Proverbio 26:21).
- Mejor es lo poco con el temor de Jehová, que el gran tesoro donde hay turbación (Proverbio 15:16).
- ¿Quién podrá decir, yo he limpiado mi corazón, limpio estoy de mi pecado?
- Pesa falsa y medida falsa, ambas cosas son abominación a Jehová (Proverbios 20:9, 10).

Tal como ya hemos resaltado, la doctrina central de nuestra fe, esto es, la obra acabada del Hijo de Dios, se encuentra totalmente ausente de la enseñanza del hombre que no haya sido por Dios iluminado; sin embargo, la enseñanza moral de este antiguo egipcio es, en algunos aspectos, comparable con la enseñanza de Salomón o Santiago.

Llegando a los tiempos del apóstol Pablo, tenemos los escritos de un esclavo por nombre *Epictetus*. Los siguientes extractos de sus discursos nos ayudarán a percibir cuan profundamente se introdujo “palpando” en el camino, para ver si felizmente hallase algo de verdad:

- Libertad y Esclavitud no son sino los términos, respectivamente, de la virtud y del vicio; y ambas cosas dependen sobre la voluntad; así pues, ninguna de ellas tienen nada que hacer con las cosas en las cuales no intervenga voluntad. Pues nadie es esclavo donde haya libre voluntad.
- La Fortuna es un maligno lazo del cuerpo, vicio del alma; pues hay esclavo cuyo cuerpo es libre, pero cuya alma en atadura está; y al contrario, libre cuyo cuerpo es esclavo, pero cuya alma en libertad está (*Epictetus*).

El lector bien podrá recordar aquí las palabras de Pablo a los Corintios y a los Romanos:

- Porque el que en el Señor fue llamado siendo esclavo, liberto es del Señor (1ª Cor.7:22).

- Porque cuando erais esclavos del pecado, erais libres acerca de la justicia...pero ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios... (Rom.6:20, 22).

Epictetus se cuestionaba, “¿Quién es rico entre los hombres?” A lo cual él propio responde: “Aquel que está satisfecho y se conforma en sí mismo”. La misma verdad se expresa en el Libro de Proverbios: “El hombre de bien se contenta en su camino” (Proverbio 14:14). Y otra vez, cuando se pregunta, “¿Quién es libre?” él propio responde: “Aquel que se enseñorea de sí mismo”. Esto tiene mucho que ver con la verdad que Salomón expresa en Proverbio 16:32: “Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte, y el que se enseñorea de su espíritu que el que toma una ciudad”.

Epictetus no pudo haber dado una respuesta a las profundas necesidades del corazón del hombre, pues la libertadora verdad de la redención no hace parte de la humana filosofía; sin embargo, el paralelo con la moralidad del Antiguo Testamento es por demás evidente. Tenemos también un significativo paralelismo entre el consejo y aviso de Pablo a los Corintios concerniente al matrimonio, y el que nos fornece Epictetus:

- Teniendo en vista que las condiciones de las cosas al presente están como están, esto es, como si estuviéramos en vísperas de la batalla, ¿no le convendría al varón estar *sin impedimento* para el servicio de Dios? (*Epictetus*).
- Tengo, pues, esto por bueno a causa de la necesidad que apremia: Que hará bien el hombre en quedarse como está...para que *sin impedimento* os acerquéis al Señor (1ª Corintios 7:26, 35).

Las mismas palabras griegas se emplean por ambos escritores en la frase “sin impedimento”. Cuando a Epictetus se le cuestionó cómo alguno podría afligir a su enemigo, él respondió: “Estando preparado para actuar de la manera más noble posible”. Pues del mismo modo, el apóstol escribe en Romanos: “Si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego (bendiciones) amontonarás sobre sus cabezas” (Rom.12:20). El siguiente argumento

empleado por Epictetus es un interesante paralelo con el uso de Pablo hablando de quien es realmente “Judío en lo interior” en Romanos 2:

- “Cuando vemos un adulator, tenemos por hábito decir: Este no es Judío; tan solo se hace pasar por alguno; pero cuando un hombre asume consigo la entera condición de un prosélito, enteramente embebido con las doctrinas del Judío, entonces y en realidad es como si se llamase Judío. Pues del mismo modo, nosotros los filósofos también, sumergidos en falsa apariencia, somos Judíos en nombre, pero en realidad somos algo muy distinto..., nos denominamos a nosotros mismos filósofos, cuando ni siquiera jugamos o interpretamos el papel de hombres (Epictetus)
- Pues no es Judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es Judío el que lo es en lo interior; y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios (Rom.2:28, 29).

En su descripción de un verdadero Filósofo, Epictetus hace una referencia que de alguna manera nos recuerda las palabras de Pablo en Filipenses 3 y otros lugares:

- “Tampoco debe casarse, el matrimonio está correcto y es honorable en otros hombres, pero sus enredos, sus gastos, sus distracciones, harían imposible una vida devotada al servicio del cielo. Tampoco debe mezclarse en cualquiera de los asuntos de ciudadanía: su ciudadanía no es Atenas o Corinto, sino la humanidad”.

No vamos ahora a seguir haciendo más paralelos. Si hemos conseguido remover cualquier existente prejuicio, si hemos inducido la más pequeña simpatía para con estos hombres en sus procuraciones “palpando” buscando a Dios, ya hemos cumplido nuestra labor. No tenemos intención alguna de establecer la filosofía como un paralelo con la fe. Ni lo es, ni lo puede ser. Carece de los básicos ingredientes de la verdadera vida y el amor que se hallan tan solamente en la Persona y obra

del Redentor. No en tanto, si sentimos la más leve vergüenza en nuestro propio y bajo estándar, cuando pensamos en este limitado esclavo en la Corte de Nerón, batallando firmemente contra su tiranía y el pecado, nuestro estudio no habrá resultado ser en vano. Y a medida que consideramos nuestros propios privilegios, con toda certeza nos volveremos agradecidos a Aquel que no nos ha abandonado en medio de nuestra tiniebla natural, sino que ha sido por nosotros hecho “*sabiduría, y justificación y santificación y redención*” (1ª Cor.1:30).

Extractos de los escritos de Séneca

Antes que pasemos a revisar aquel “palpar” de los hombres procurando la verdad, en contraste con la gloriosa luz de la revelación, sentimos que nos corresponde dar alguna idea de lo que creía un Estoico filósofo, pero mayormente demostrar los paralelos que existen entre los escritos de Séneca y las Escrituras. Tal vez precisemos dar una o dos palabras con respecto al personaje en sí.

Lucius Annaeus Séneca fue un filósofo Estoico y el maestro de Nerón; y con certeza avivaremos nuestro interés en su persona si recordamos que, aun viviendo en medio de toda la culpa y vergüenza de una Corte Romana, peleaba una batalla perdida para limpiar la moral y elevar la conducta, así también vivió y murió en la despreciada Palestina el propio Hijo de Dios, Quien solamente pudo haber respondido el clamor de su alma a Séneca.

Galio, delante de Quien Pablo se presentó, tal como se registra en los Hechos, era el hermano de Séneca, y un varón de encanto y gentileza, aunque dichas cualidades no se dejen evidenciar en la referencia concerniente. Muchos hombres le deben lo que son, tanto para bien como para mal, a sus madres. La madre de Séneca vivió en una era donde la inmoralidad no era la excepción sino la regla entre su clase. A su madre Séneca escribió:

- Nunca manchaste tu faz con maquillados juicios, jamás te deleitaste en ropajes indelicados, tu simple ornamento era una

amorosa apariencia que edad alguna puede marchitar; tu gloria particular una visible castidad.

Tales palabras encuentran un eco repetido de aprobación en las instrucciones de Pablo a Timoteo, y en las epístolas de Pedro. Y no en tanto fueron escritas en un tiempo cuando, como Plinio registra, el segundo mejor vestido de *Lollia Paulina* de esmeraldas y perlas rondaba en su coste los 40.000.000 de sestercios, o más de 32.000 libras esterlinas (*Historia Natural* 11:35, 36). La Tradición sostiene que Pablo y Séneca se conocieron, y que las cartas que ambos intercambiaron deberían leerse al día actual. Sin embargo, cualquiera que esté familiarizado con el carácter de las epístolas de Pablo, o con el tono de los escritos de Séneca, no podrá de manera alguna aceptar estas cartas como genuinas. La historia de vida de Séneca es un relato como para hacer llorar a los ángeles, pero no tenemos intención alguna de resumirla aquí. Seguimos adelante hacia nuestro principal objetivo, dando extractos de sus escritos, no tanto con la finalidad de mostrar lo que sería la filosofía Estoica, sino antes bien demostrar cuán íntimamente algunas de sus enseñanzas se aproximan al lenguaje de la Escritura.

Contrariamente a la costumbre de su día, Séneca entabló amistad con sus esclavos, y es bien posible que algunos de sus familiares fuesen creyentes. De sus labios bien pudo haber oído ecos de la enseñanza del Señor y del apóstol Pablo. En los siguientes extractos de Séneca nos hemos abstenido de imprimir la Escritura paralela, y tan solamente damos la referencia. En la mayoría de los casos el paralelismo es más que evidente, sin embargo, donde haya cualquier incerteza, confiamos que el lector no dejará de comprobar por sí mismo el dicho con el pasaje de Escritura respectivo.

Algunos paralelismos entre Séneca y la Escritura:

- La mente, a menos que sea pura y santa, no comprende a Dios. (Mateo 5:8).
- Un hombre es un ladrón, aun mismo antes de mancharse las manos; pues ya está armado para matar, y solo trae consigo el deseo de espoliar. (Mateo 5:21, 22).

- Echa fuera todo cuanto te pese en tu corazón; y si no puede ser extraído de otra manera, echa fuera también todo tu pecho con ello. (Mateo 5:29)
- ¿Qué podrá hacer el sabio cuando sea azotado? Hará lo mismo que Cato cuando le golpearon sus labios. No se encendió en ira apasionada, no se vengó a sí mismo, ni tan siquiera perdonó, sino que actuó como si nada hubiese sucedido. (Mateo 5:39).
- Si imitas a los dioses, confiere beneficio aún mismo al desagradecido, pues el sol se pone también sobre el inicuo, y los mares admiten abriéndose a los piratas. (Mateo 5:45).
- Evita una ruda apariencia y un pelo revolado y una barba descuidada y un profeso aire empobrecido y una cama depositada en el suelo, y cualquier otra cosa que afecte la mera apariencia, pues es una senda perversa y desmesurada. (Mateo 6:16).
- ¿Os fijáis en los granos de otros, encubriendo innumerables úlceras en vosotros? Esto es como si un hombre debiera burlarse de los lunares o verrugas de la persona más hermosa, cuando él propio es devorado por una fiera costra en su faz horrorosa. (Mateo 7.3).
- Espera de los demás lo que tú mismo hayas hecho al otro. Demos por tanto aquello que nos gustaría recibir. (Mateo 7:12).
- Así pues, lo bueno no puede provenir de lo malo...el bien no nace del mal, así como un higo no sale del olivo. El fruto corresponde a la semilla. (Mateo 7:16, 17).
- No de otra manera que algunas rocas tenemos que permanecer firmes y aislados en un revuelto mar donde vivimos, del cual sus ondas no cesan por todos lados que se mueven de nos golpear, y sin embargo la roca no se agita de su lugar. (Mateo 7:25).
- Los hombres de bien se fatigan en trabajos, se gastan y son desgastados. (2ª Corintios 12:15).
- Cuántos golpes no recibe el atleta en su faz, cuántos azotes sobre su cuerpo. No en tanto, soportan consigo tanta tortura por la sed de gloria. Seamos iguales, soportemos todas las cosas, pues nuestra recompensa no es una corona de laurel o palmera, ni tampoco la trompeta proclamando silencio para anuncio de nuestro nombre; sino la virtud y fortalecimiento mental y la paz adquirida que nos vendrá por añadidura. (1ª Corintios 9:25).

- Ellos consagran santos e inmortales dioses de los materiales inmóviles y de clase más vil; los revisten con la forma de hombres, y bestias y peces. (Rom.1:23).
- Incluso se enamoran de la perversa obra de su imaginación, que es en suma la más baja perversión de todas; y luego viene su completa miseria, cuando en vergonzosos actos no tan solo se deleitan, sino que incluso por ellas se aprueban los unos a otros. (Rom.1:28, 32).
- Un hombre no es sabio, a menos que se transfigure en todo cuanto haya aprendido. (2ª Corintios 3:18).
- Redime y preserva el tiempo. (Efesios 5:16).
- La bondad pertinaz resiste y vence a los malos hombres. (Rom.12:21).
- ¿Qué es el hombre? Un vaso agrietado que se resquebraja a la posterior caída. (2ª Corintios 4:7).
- El don ajustado y de alegre corazón es mejor recibido que aquel que se ofrece con una mano llena y tristeza. (2ª Corintios 9:7).
- Todo cuanto nos llega y pasa rápidamente, está destinado a perecer con el uso. (Colosenses 2:22).
- Yo confieso que el amor de nuestro propio cuerpo es algo nuestro natural. (Efesios 5:28, 29)
- Me sorprende viendo cómo muchos ejercitan sus cuerpos, y cuán pocos sus mentes.
- Necia ocupación es ejercitar los músculos de brazos...olvídate del cuerpo y pásate a la mente, ejercita eso, tanto de noche como de día. (1ª Timoteo 4:8).
- ¿Cuánto tiempo llevas aprendiendo? Comienza cuanto antes a enseñar. (Hebr.5:12).

- La totalidad del mundo es templo de los dioses inmortales. Los templos no se edifican a Dios de piedras amontonadas a lo alto; Él debe consagrarse en el corazón de cada hombre. (Hechos 17:24).
- Dios no añora ministros ¿Cómo así? Él Propio se basta para ministrar a toda la raza humana. Él está a la mano en todas partes y para ministrar por Sí a todos los hombres. (Hechos 17:25).
- Dios está cercano a ti; Él está contigo; Él está dentro de ti. (Hechos 17:27).

- No harás imágenes de Él de plata y oro; una verdadera semejanza de Dios no se puede moldar de estos viles materiales. (Hechos 17:29).

(En estas cuatro últimas Escrituras Pablo está hablando a los filósofos Estoicos, y podrá observarse que su argumento era para ellos bastante familiar)

Ya hemos señalado anteriormente que Séneca mantuvo una buena y sana amistad con sus esclavos. Aquí ofrecemos sus propias palabras sobre el caso – notables palabras, sobre todo cuando recordamos la brutal crueldad de los días en los cuales vivió:

- Son esclavos a los que mandas; no, son hombres. Son esclavos; no, son camaradas. Son esclavos, no, son humildes amigos. Son esclavos, no, sino que son compañeros partícipes de esclavitud, si consideras que la fortuna tiene el mismo poder sobre ambos, permite que algunos cenén contigo, puesto que son dignos; y otros, para que dignos puedan llegar a ser.
- Es solo un esclavo, dices tú; pero por casualidad, ¿no será libre de espíritu? Es solo un esclavo, ¿en qué es esto menos que alguno? Muéstrame quién no lo sea. Uno es esclavo a la lujuria, otro a la avaricia, y un tercero a la ambición; a toda esta esclavitud por igual hay que temer.

Cuando uno viene a darse cuenta de cuán similares son estas declaraciones a las pronunciadas por el apóstol, uno se siente triste pensando que, en cuanto sabemos, Séneca nunca llegó a oír el evangelio de la gracia de Dios. Con toda la alta moral de sus escritos, Séneca carecía de una cosa, del Redentor personal, sin el Cual los más altos vuelos de la filosofía están destinados a precipitarse en el hueco vacío al final.

El Estoicismo no tiene lugar para el perdón de los pecados:

- El hombre sabio ha de ser clemente y gentil, pero no debe sentir piedad, pues tan solo las viejas y niñas son movidas por las

lágrimas; no ha de procurar perdón, pues el perdón es la remisión de una pena merecida; ha de ser estricta e inexorablemente justo.

Séneca sabía que el perdón era “la remisión de la pena merecida”. Lo que desconocía era Juan 3:16 y Romanos 3. A pesar de toda su enseñanza en la alta moralidad, encontramos a Séneca arrodillándose en el templo de Rimmon. Sosteniendo, apoyando las blasfemas asunciones del Emperador, le hallamos además hablando de tan perverso Emperador empleando los siguientes términos, *verdadero y único Dios*, en un discurso lleno de halagos a Claudio: “En él habitan todas las cosas, y él debe estar sobre todas las cosas para ti”. Y una vez más, compare el terrible carácter de Nerón con estas palabras de Séneca, escritas en discurso para él:

- La dulzura de tu espíritu se extenderá gradualmente a través de todo el cuerpo del Imperio, y todas las cosas vendrán a ser conformadas a tu semejanza; así como la salud pasa de la cabeza a todos los miembros.

Lo que Séneca precisaba era a Cristo. Tan solo Él está ciertamente “sobre todas las cosas” para nosotros. Tan solo Él es la Imagen y Semejanza a la cual un día iremos a ser conformados. Tan solo Él es la Cabeza del Cuerpo, la Iglesia; por Él tan solamente pasa la verdadera salud a todos los miembros. En Su muerte sacrificial se encuentra “la remisión de la pena merecida”, junto con la “inexorable justicia”. Pero no es posible descubrir esta gloriosa verdad por la humana sabiduría; desde su principio al final siempre fue el don de Dios – ¡por gracia somos salvos!

El vínculo entre Malaquías y Mateo

En los tres primeros artículos de esta serie nos hemos propuesto lograr los siguientes objetivos:

- (1) Crear una profunda comprensión de la revelación de la verdad que se nos ofrece graciosamente en la Escritura, y compararla en Sus

sublimes declaraciones con la indagación, “palpando a tientas”, de los hombres más sabios de todos los tiempos, y

- (2) Poner en abierto delante del lector la única y gran diferencia que hay, entre la verdad que se nos ha revelado en gracia, y todos los sistemas de filosofía. Dicha diferencia es esta: Que la Escritura enfoca nuestra atención, no sobre *lo abstracto* de la filosofía, sino tan solo sobre *la Persona* del Hijo de Dios, esto es, “Dios manifiesto en la carne”, pues solo Su Persona responde al clamor inarticulado de las eras o edades del hombre. En resumen, donde los filósofos “andan a tientas palpando” y procurando, nosotros contemplamos que ya fuimos hallados, y ahora palpamos la gloria del Dios invisible *en la faz de Jesucristo*.

El método que hemos adoptado para alcanzar dichos objetivos ha sido dando las citas de uno o dos escritores, y así, examinándolas, compararlas con la Escritura. Confiamos en que el interés del lector se haya avivado lo suficiente como para justificar una tal examinación, esto es, de la historia de esta cuestión concerniente a la desamparada procura de la humana sabiduría, y esto lo hacemos con la finalidad de que, comparando sus conjeturas e indagaciones en la verdad, con las transparentes y abiertas declaraciones de la revelación, seamos inclinados a agradecerle al Señor el don que nos ha otorgado gratuitamente de Su Palabra Viva y Escrita.

Ahora bien, una vez que Israel, los guardianes de los oráculos de Dios, cayó de su alta posición, y soberanamente fueron transferidos dichos oráculos a los Gentiles (o naciones), una vez que la voz de la profecía cesó, y los siglos fueron transcurriendo entre el cierre del Antiguo Testamento y el anuncio del Precursor (Juan el evangelista), el mundo Gentil vendría a dar a luz un linaje de hombres cuya sabiduría y destreza aun al día de hoy se considera notable, y cuya influencia se mantiene todavía fuerte y penetrante.

Antes que la noche oscura viniera a iluminarse por “el Lucero de la mañana de lo alto” al nacimiento de Cristo, la humana sabiduría se llevó a cabo a tientas o “palpando” unos trescientos años en el intento de descubrir la causa de todas las cosas, esto es, para llegar a responder a la cuestión: “¿Qué es el bien?”, esto es, se llevó esforzándose en resolver el problema

del *bien y del mal*, y este cometido lo emprendió por sus propios y desamparados razonamientos. Ahora bien, que fracasó irremediamente, es un hecho que todos debemos reconocer. Que ignoró y fracasó en la única cosa esencial que tan solo Dios podría providenciar, es el testimonio de nuestra fe; pero así como el Salvador permitió al pueblo de Israel manifestar durante todas las eras el práctico fracaso de la Ley para justificar a cualquier pecador, del mismo modo permitió al Gentil, y particularmente al Griego, manifestar el efectivo fracaso del humano razonamiento en sus indagaciones para encontrar a Dios. El remedio y medicina para el fracaso de Israel se expresa en las palabras:

- Porque Cristo es el fin de la Ley para justicia a todo aquel que cree (Rom.10:4).

El remedio o medicina para el fracaso del Griego se expresa en las palabras:

- Cristo, en Quien están escondidas todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento (Colosenses 2:3).
- Porque los Judíos requieren una señal, y los Griegos procuran la sabiduría; sin embargo, nosotros predicamos a Cristo crucificado...Cristo el poder de Dios (para los Judíos), y la sabiduría de Dios (para los Griegos)...por Quien vosotros estáis en Cristo Jesús, el Cual ha sido de Dios hecho para nosotros sabiduría y justicia, así como además santificación y redención (1ª Corintios 1:22, 24, 30).

Podrá servir de provecho dar primeramente unos pocos sobresalientes nombres de aquellos que, a seguir al cierre de la revelación del Antiguo Testamento, rellenaron el intervalo habido hasta la apertura o inicio del Nuevo Testamento.

HERODOTO – “El Padre de la Historia” (484 antes de Cristo).- Nació cien años después de la muerte de Isaías, y doce antes del primer año del dominio de Nabucodonosor. Fue contemporáneo de Daniel, y su historia es virtualmente una historia del mundo entonces conocido, hermoçada con muchas digresiones tanto arqueológicas como geográficas. La idea de que

la arrogancia y el orgullo traen consigo el castigo del cielo se deja ver y transcurre a través de toda su obra, sin embargo, el trasfondo de la inspirada historia de la Biblia se encuentra totalmente ausente. Nada sabía de la bendita promesa de la “Simiente de la mujer”, Quien aplastaría pisoteando la cabeza de la serpiente.

SÓCRATES – Filósofo (469 antes de Cristo). – A él se debe la invención de la palabra *filósofo*. Aceptó el principio, *Gmthi seauton*, esto es, “Conócete a ti mismo”, y sostuvo aquello de que “el estudio apropiado de la humanidad es el hombre”. Donde Sócrates fracasó fue en no saber nada de “Aquel por Cuyo conocimiento se obtiene la vida eterna”.

HIPÓCRATES – “El Padre de la Medicina” (460 antes de Cristo).

PLATÓN – Filósofo (429 antes de Cristo). – Procuró resolver el enigma del universo intentando descubrir al Bien Supremo. Su indagación estaba cierta, pero se salió y perdió su camino, acabando en lo abstracto. Tan solo Cristo hace con que el Bien Supremo sea real y alcanzable para el hombre mortal. La influencia de Platón se ha extendido y perdura hasta el día de hoy, y el mundo del pensamiento nunca se ha de librar de la deuda contraída para con él – sin embargo la salvación y la vida estaban muy por encima de sus imaginaciones.

ARISTÓTELES – “El Padre del Aprendizaje” (384 Antes de Cristo). – Iniciándose en la unidad Platónica del ser, Aristóteles se volvió y dirigió su atención a la variedad que hay en el mundo, y como un instrumento en esta investigación llevó la *Lógica* hasta el pico más alto de integridad. Sin embargo, la Lógica, por muy útil que sea, si no quiere acabar a la hora de descubrir la futilidad, precisa la verdad revelada para sus premisas, y esa única verdad es algo que Aristóteles no posee en absoluto. Con las Escrituras que tenemos en abierto y delante de nosotros, podemos agradecidamente emplear el *Silogismo*, y descubrir la verdad que Aristóteles nunca conoció.

ZENO – “El Padre del Estoicismo” (342 Antes de Cristo). – A su muerte se irguió un monumento a su memoria, con las palabras: “Su vida correspondió con sus preceptos”.

EPICURO – “El Fundador del Epicureísmo” (340 Antes de Cristo). - Su lema fue: “Goza de lo mejor por la vida entera”. Si hubiese sabido algo de la *vida venidera*, y hubiese anunciado su lema con dicha vida en vista, nadie podría hallarle falta alguna. Pero una vez que “la vida entera” carecía de esperanza y nada sabía de “resurrección”, el Epicureísmo degeneró en: “Come, bebe y sé feliz”.

EUCLIDES – “El Padre de las Matemáticas” (300 antes de Cristo).

CLEONTE – Filósofo (300 antes de Cristo). – Más conocido por un himno suyo a Zeus, por el cual el apóstol pablo cita en Hechos 17:28.

ARQUÍMEDES – “El Padre de la Mecánica” (287 antes de Cristo). – Lo recordamos por su famoso descubrimiento en hidrostática con el exultante grito “Eureka”; por el teorema de Arquímedes, y por su famoso dicho: “Dadme una palanca lo suficientemente grande y moveré el mundo”.

HIPARCOS – “El Padre de la Astronomía”. – Catalogó 1080 estrellas, e inventó la trigonometría (150 antes de Cristo).

Estos son unos pocos sobresalientes nombres que contribuyeron para la sabiduría del mundo durante los años en silencio que siguieron al cierre del canon del Antiguo Testamento. Todos estos hombres fueron precursores en sus respectivos sujetos, de grandes ideas y difundida influencia. Todavía al día de hoy son admirados, y sus obras subyacen en mucha de la educación actual. Sus contributos al rol del conocimiento humano nunca podrán venir a estimarse debidamente, y no en tanto, pueden resumirse en las palabras de otro hombre sabio:

“Vanidad y aflicción de espíritu”

Sin el Cristo personal, sin venir a ser librado del pecado, sin la aceptación con Dios, sin la bendita esperanza de la resurrección en gloria, tenemos el testimonio de 1ª Corintios 15, *que todo es vanidad*. No hacemos burla ni menospreciamos a estos antiguos procuradores. Consideramos su

“palpar a tientas” buscando a Dios con gran simpatía, y así nos volvemos de nuevo a la Palabra, viva y escrita, y decimos con un más profundo significado:

“¿A Quién acudiremos? – Tú tienes las palabras de la vida eterna.”

La procura del *Primer Principio* y sus resultados **“¿Qué?” en vez de “¿Quién?”**

El anhelo de la filosofía es reducir la complejidad a la simplicidad, y así llegar finalmente a encontrar la *suprema realidad*. Si los antiguos filósofos hubiesen conocido el Libro de Eclesiastés, y sopesado algunos de sus hallazgos, bien podrían haber llegado a percibir la futilidad, la vanidad de sus indagaciones. Si hubiesen conocido el Libro de Job, podrían haber aprendido cuán imposibles eran tales indagaciones. Si hubiesen leído el Libro de Proverbios, habrían descubierto en qué constituye el principio de la sabiduría. A estos tres “Libros de Sabiduría” de la Biblia tenemos que dar lugar en esta serie, pero antes de nada debemos procurar estar familiarizados con los hallazgos de estos hombres de la antigüedad, con el objetivo de que, por comparación, podamos venir a apreciar mejor la simplicidad, y al mismo tiempo toda la plenitud de la Palabra de Dios.

En nuestro último artículo hablamos de Heródoto como siendo el “Padre de la Historia”, y mencionamos además otros cinco, quienes por su preminencia se consideran “Padres” en sus respectivas esferas. Debe observarse que ninguno de ellos denominamos como siendo “El Padre de la Filosofía”; porque éste título le corresponde solo a Tales (640-550 antes de Cristo), y le fue otorgado porque parece haber sido el primero a convertirse de la mitología a la idolatría de su día y tiempo, e intentar descubrir por investigación *el principio de todas las cosas*. Las palabras que utiliza para “el principio de todas las cosas” es *Tes Toiautes Archi*. El lector aquí recordará de inmediato Génesis 1:1 y Juan 1:1, pues ambas Escrituras emplean la palabra “principio”, *archs*. Homero y Hesíodo adscribieron a Oceanus y Tethis el origen de todas las cosas, pero Tales despojó sus enseñanzas de su mitología, y anunció que el Agua es la causa material, o primer principio de todas las cosas. Aristóteles resumió la enseñanza de Tales bajo tres encabezados: (1) La tierra flota en el agua. (2) El Agua es la causa material de todas las cosas; y (3) Todas las cosas están

llenas de dioses (El imán, por ejemplo, está vivo). Nadie puede dejar de ver que Tales tropezó en el umbral de la verdad. Pedro reprendió a los burlones de su tiempo diciendo:

- Estos ignoran voluntariamente, que hubo cielos desde antaño, y una tierra compactada proveniente del agua y en medio del agua, por la palabra de Dios (2ª Pedro 3:5, R.V.).

Con esta declaración concuerda el Salmista, quien escribe:

- De Jehová es la tierra y su plenitud; el mundo y lo que en él habita. Porque Él la fundo sobre los mares, y la afirmó sobre los ríos (Salmo 24:1, 2).
- Alabad a Jehová, porque Él es bueno; porque para siempre es Su Misericordia...que extendió la tierra sobre las aguas (Salmo 136:1, 6).

En Job 38:6 y 8, y en el Salmo 104:3-6 tenemos alusiones a las fundaciones de la tierra y el gran abismo. Por detrás de los mitos de Oceanus y Tethis, y el “primer principio” de Tales, reside escondida una verdad. Dicha verdad el más simple creyente puede descubrirla leyendo Génesis 1:1, 2. Los antiguos le dieron a *Juno*, el dios de dos cabezas, el nombre de *Caos*, y en esta capacidad fue denominado “el dios de dioses”. Todo esto no pasa de ser sino la verdad de Génesis 1:1, 2 de forma mistificada y paganizada. Este presente mundo proviene de las aguas del gran abismo, y si bien Tales fracasó sin llegar a conocer la sublime y simple revelación: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra”, puede bien decirse que no estaría mucho más alejado de la verdad de lo que una gran cantidad de expositores científicos y filósofos modernos lo estén al día de hoy. Si bien la frase “el imán está vivo” pueda hacer sonreír a los científicos, y las palabras “Todas las cosas están llenas de dioses” puedan ser objeto de burla para los más piadosos, no olvidemos que los términos científicos modernos niegan completamente y no conceden espacio alguno a Dios. Las científicas “leyes de la naturaleza” son tan dañinas y perversas en sus tendencias como los “dioses” que ellos han reemplazado. La Escritura no endorsa el panteísmo de Tales, ni tampoco endorsa el ateísmo de la Ciencia. Lo único que vemos es que donde Tales puso entonces

“dioses”, y la ciencia pone ahora “leyes”, la verdad revelada pone ahora y puso siempre *Cristo*:

- EL es antes de todas las cosas, y todas las cosas en ÉL subsisten (Colosenses 1:17).
- Quien sustenta todas las cosas con la Palabra de Su poder (Hebr.1:3).

Él – en ÉL – con ÉL - no “muchos dioses” no “muchos señores”, no “leyes naturales”, *sino una Persona viviente*. Así pues, nosotros repetimos lo que dijimos al principio de esta serie de estudios:

- La verdad revelada de la Escritura nos habla siempre de una *Persona*, mientras que todo el sistema de la Filosofía tan solo guía a sus seguidores a lo *abstracto*.

Esta observación la vamos a ir repitiendo una y otra vez hasta que su fuerza y suficiencia vengan a ser en la cierta medida apreciadas. La tragedia de las indagaciones filosóficas que tienen en Tales su inicio, y fue perseguida por sus sucesores, es que pregunta: “¿*Qué* es el origen de todas las cosas?” en vez de “¿*Quién* es el origen de todas las cosas?”

Bendito sea Dios, pues Él nos ha revelado las respuestas escondidas de los sabios y entendidos. *Nosotros leemos la respuesta a la cuestión de Tales en la faz de Jesucristo.*

Anaximandro perdió su camino y tan solo halló “Algo, o la Cosa Eterna”

Cuando decimos que Tales, quien comenzó con la Creación, comenzó donde la Biblia comienza, la declaración no es estrictamente correcta. La “Creación” implica necesariamente un *Creador*, y Tales desconocía totalmente a dicho Creador. Fue indagando a procura de una respuesta a la cuestión, “¿*Qué*?” en vez de preguntarse “¿*Quién*?”. Esto es totalmente distinto, está en total desacuerdo con la enseñanza de la Escritura. La

Biblia no comienza con la Creación, sino con Dios Creador. Dicho de otra manera: Que la inútil procura de Tales se revela en Génesis 1:1, y que desde aquí se prueba en todas partes. El testimonio de la Escritura se resume en Hebr.11:6:

- Porque es necesario que (1) el que se acerca a Dios crea que le hay (que Él está ahí), y (2) Él es galardonador de los que le buscan.

Así como el *por qué* estos dos aspectos se reúnen conjuntamente aquí, debemos considerar posteriormente que a la Humana Sabiduría también le ha sido dada una oportunidad para expresarse.

La enseñanza de Tales fue sometida de inmediato al criticismo, y fue repudiada por Anaximandro, que nació veinte años después de Tales. Anaximandro negó que fuese el Agua el fundamento primitivo de las cosas, y procuró algo que fuera menos determinante, dijo así:

- El fundamento de todas las cosas debe ser *sin forma e ilimitado*.

Estas palabras se aproximan mucho al hebreo de Génesis 1:2: “Sin forma y vacío”; y así, al tiempo que repudia el Agua de Tales (que nos parece referirse de vuelta a Génesis 1:2), él acepta el *Caos* en su lugar. Se supone que él fue el primero en emplear el término *archs* como “lo eterno, infinito, la *base indefinida*, de la cual, en orden de tiempo, “todas las cosas surgen, y para la cual todas las cosas retornan”. A este *principio eterno* denominó: “Lo Infinito,” *To apeiron*, que sustancia todo proveniente del total vacío e ilimitado espacio, y habla de una “substancia ilimitada” análoga al éter.

¡Es impresionante comprobar y ver cómo Anaximandro añoraba saber, clamando inconscientemente por el Hijo de Dios, la Imagen del Invisible, *la expresa Imagen de Su substancia*, la Palabra hecha carne! En lugar de hallar a Cristo, se encontró con un *vacío*, y enseñó que ahí había algo eterno de lo cual, y para lo cual, son todas las cosas. Todo cuanto Anaximandro hubiese dado su mano derecha por descubrir, se halla claramente escrito para nuestro aprendizaje en las Sagradas Escrituras:

- ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son Sus juicios, e inescrutables Sus caminos!...Porque de Él, y por Él. Y para Él son todas las cosas. A Él sea la gloria por los siglos. Amén (Rom.11:33, 36).
- Para nosotros, sin embargo, solo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para Él; y un Señor, Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de Él (1ª Corintios 8:6).
- Él es la Imagen del Dios Invisible, el primogénito de toda la creación. Porque en Él fueron creadas todas las cosas...y Él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en Él subsisten (Colosenses 1:15-17).
- Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque Tú creaste todas las cosas, y por Tu voluntad existen y fueron creadas (Apoc.4:11).

El contexto de estos pasajes no tan solo se refiere a la creación material, sino además a las *cosas invisibles*, para con el propósito de las eras o edades, y a los desconcertantes elementos que desafían a la humana sabiduría, intentando y esforzándose inútilmente por dar una explicación satisfactoria.

Todo esto procuró ardientemente Anaximandro, sin nunca hallar. Dijo así:

- “Las cosas surgen y desaparecen. Así sucede: pues se suceden y conforman una a otra por su injusta desigualdad, según el orden del tiempo”.

Ahora bien, estas palabras, siendo tan solamente un breve extracto, puede que no sean del todo comprensibles, sin embargo, lo que Anaximandro estaba indagando era una respuesta para el desconcertante misterio de la desigualdad que hay dentro de las experiencias de vida. Se esforzaba intentando dar una respuesta, diciendo que los contrarios, tales como el frío y el calor, no dejan de ser sino el desarrollo de *la infinita sustancia indivisible elemental*, y que han de retornar a este estado una vez más. Al mismo tiempo, por una penosa senda, expresa también algún

reconocimiento del gran círculo de las eras o edades, aunque fracasando a la hora ver en ello algún propósito, esto es, alguna personal Voluntad que lo haya planeado todo, algún personal Poder que lo sustente todo, y algún personal Dios de amor que atraiga y no repele a Sus criaturas.

Todo cuanto Anaximandro pudo ofrecer fue una *impersonal e ilimitada substancia*, y un siempre recurrente círculo vicioso de contrarios acontecimientos, que tan solo encuentran satisfacción en su retorno al *caos*. Ahora bien, ¿Podrá algún lector instruido en el propósito de las Edades, conociendo bien el glorioso objetivo del amor redentor y el hecho bendito de que “Cristo es todo”, contemplar el tenebroso y frío Universo de Anaximandro, sin un sentimiento de gratitud por el hecho de que ahora seamos capaces de contemplar a cara descubierta al Creador y Sostenedor y Consumador de todas las cosas *en la faz de Jesucristo*?

No iremos a pedir disculpas por repetir y repetir esta observación veces sin cuenta:

- Un Creador personal, en vez de una “causa primal”; un propósito de las edades, en vez del círculo vicioso e interminable de “los contrarios”; un Universo que habla de amor, en vez de una “ilimitada sustancia” denominada Infinito: Estas son nuestras credenciales a través de la gracia de nuestro Señor Jesucristo.

Anaxímenes - su concepto del “primer principio” se aproxima del “Espíritu” Escritural, pero no logra alcanzarlo

Así como el teorema de Tales fue repudiado por Anaximandro, de igual manera la teoría de Anaximandro fue repudiada por Anaxímenes (nacido el 588 antes de Cristo). Repudió el Agua de Tales como siendo demasiado determinante, y la *substancia infinita* de Anaximandro como demasiado indeterminada, y así asumió el Aire como siendo el *arche*, o fundamento de todas las cosas. Esto más bien aparece en la natura de un acuerdo entre los dos conceptos anteriores. Concibió el principio del

universo como siendo “*lo ilimitado, lo que abarcaba todo, el aire siempre en movimiento*” del cual por rarefacción (fuego) y condensación (agua, tierra, etc.) todo lo demás viene a formarse. Para el estudiante de Química, este intento de Anaxímenes, comprobará que contiene dentro algo más que una alocada suposición en la verdad. Muchos de los sólidos y líquidos con los cuales estamos familiarizados contienen los elementos gaseosos Oxígeno y Nitrógeno, que son los constituyentes principales del *aire* que respiramos; y ambos gases se pueden liquidificar y solidificar. La idea de que el aire en rarefacción causa el fuego contiene un elemento de verdad, pues ahora sabemos que ninguna combustión es posible de darse sin oxígeno. Si la química moderna encuentra alguna base para el pensamiento en la elección de Anaxímenes del aire como la primaria substancia, el estudiante de las Escrituras y Hebreos en particular está igualmente al tanto de lo mismo por la Escritura. Ya hemos ido a Génesis 1 cuando consideramos el teorema de Tales y la teoría de su sucesor; iremos de nuevo por tercera vez. A seguir a la descripción del *caos*, leemos en Génesis 1:2:

- Y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.

La palabra “Espíritu” aquí es la hebrea *ruach*, que aparece en los siguientes pasajes:

- El *aliento* de vida (Gén.6:17).
- E hizo pasar Dios un *viento* sobre la tierra (Gén.8:1).
- Al soplo de Tu *aliento* (Éxodo 15:8).
- Su *espíritu* adornó los cielos (Job 26:13).
- Todo el tiempo que mi alma esté en mí, y haya *hálito* de Dios en mi nariz (Job 27:3).

Estos ejemplos son representativos del uso de *ruach* a través del Antiguo Testamento. El equivalente del Nuevo Testamento es *pneuma*, y su uso es similar:

- El viento (*pneuma*) sopla de donde quiere...así es todo aquel que es nacido del Espíritu (*pneuma*) (Juan 3:8).

Dios es “Espíritu”, pero el término “Espíritu” desafía la definición. No hay término alguno en el lenguaje humano, ni idea alguna que la mente pueda concebir, que no limite y confine la realidad por la cual se pone la palabra “Espíritu”. A través de las Escrituras Dios ha empleado *el aire, el viento, el aliento*, como símbolos, intentando con ello exhibirnos la figura por la cual sea posible conocer en cierta medida el Espíritu, ya que, en sí mismo, está mucho más allá de nuestras capacidades o comprensión.

Diógenes de Apolonia añadió la idea de la *inteligencia* a la teoría del Aire de Anaxímenes, y con él llegó a su fin esta escuela (conocida como la Escuela Milesia). Si bien estos hombres no llegasen muy lejos, sí que se mantuvieron al menos fuera de la superstición de su tiempo, y se volvieron en la medida que sus posibilidades les permitían al testimonio de la creación. Es cierto que, de alguna manera, se perdieron en el camino, y sin ánimo de reprocharles nada, no podemos dejar de señalar que Romanos 1 y 1ª Corintios 1 nos dejan claramente ver el origen de su fracaso:

- Porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de Él, Su eterno poder y Deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron COMO A DIOS (esto nos indica la senda equivocada que tomaron estos filósofos) ni le dieron GRACIAS. (Tan solo podemos ser agradecidos a una Persona; los “principios” e “infinitas sustancias” nos dejan indiferentes. Nadie jamás se ha postrado y adorado un principio matemático o la ley de la gravedad) sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser SABIOS (y así llegaron hasta los días actuales los Sofistas – “Los sabios” – que fueron Ateístas) se hicieron necios, y cambiaron la gloria de Dios incorruptible en semejanza de imagen de HOMBRE corruptible (los Sofistas enseñaban que *el Hombre es la medida del Universo*, y si bien despreciaban las imágenes de madera y piedra, creaban a su vez imágenes metálicas y se magnificaban con ellas a sí mismos) (Rom.1:19-23).

¡Si tan solo hubiesen reconocido que UN SOLO HOMBRE es Quien completa la medida del Universo, y ese Hombre no otro sino el propio Hijo de Dios! Es un alivio enorme convertirse de las tinieblas de la filosofía a la luz de la Escritura:

- ¡Oh Jehová, Señor nuestro, cuán glorioso es Tu Nombre en toda la tierra! Has puesto Tu gloria sobre los cielos...Cuando veo Tus cielos, obra de Tus dedos, la luna y las estrellas que Tú formaste, digo, ¿qué es el hombre para que tengas de él memoria, y el Hijo del hombre, para que lo visites? Le has hecho poco menor que los ángeles (Salmo 8:1-5).

Si Tales, Anaximandro y todos sus colegas hubiesen tenido esta revelación en cuenta, qué diferente habría sido todo. No en tanto, nosotros podemos leer todas estas cosas libremente, las cuales David tan solo divisó en parte, porque nosotros ahora vemos bien a *Quien fue rebajado y hecho un poco menor que los ángeles*:

- Vemos a Jesús, *coronado de gloria y de honra*, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos (Hebr.2:9).

Y además sabemos que Éste Único que así se rebajó haciéndose menor a los ángeles por el sufrimiento de muerte, es Aquel Único exaltado en alabanza por el Salmista como el Creador de todo:

- Mas del Hijo dice:...Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de Tus manos (*la obra de Tus dedos* – tal como en el Salmo 8) (Hebr.1:8-10).

La humana sabiduría jamás podrá adentrarse a esta profundidad o escalar estas altísimas cumbres. Nosotros nos postramos ante el único y sabio Dios, y gratamente le alabamos por la revelación que nos ha concedido de Sí Mismo, Su creación, Sus propósitos, y Su objetivo. Nos gloriamos en el hecho bendito que todo lo sostiene con vida y amor. No hay en Él abstractos vacíos y fríos. Citando un reciente poeta:

- El Universo no es un vacuo espiritual, ni una abstracción matemática; es no en tanto EL HOGAR DE MUCHAS MANSIONES DE NUESTRO PADRE.

La sabiduría humana es fría y carente de vida. La Divina sabiduría respira el aliento de vida y amor. Gracias sean dadas a Dios por Su don inefable – una Persona, y dicha Persona, Su amado, Su único Hijo unigénito. En Él solo se halla todo cuanto la Filosofía carece y del todo precisa.

El “Ser sin forma” de Jenofonte y la revelación Escritural de Aquel Quien era “en la forma de Dios”

La Escuela Milesia de filosofía fue sustituida por la Eleática, fundada por Jenofonte y denominada posteriormente Elea, una ciudad en Italia. El sistema fue desarrollado por Parménides, y su final formato se debe a Zenón. Los primitivos conceptos de Tales y sus correctores parecen haber producido un estado de ánimo de algún modo más humilde en las mentes de sus sucesores, pues Jenofonte llega al punto de decirnos que la filosofía no deja de ser sino “razonables opiniones”, “probabilidad”, y no “exactos conocimientos”.

- “Nunca hubo un hombre, ni lo habrá, que tenga el exacto conocimiento acerca de los dioses, y acerca de todas las cosas de las cuales habla. Incluso si por acaso diga la verdad, ni él propio sabría que así fuese”

La filosofía, por tanto, no deja de ser sino un rotundo fracaso auto confesado. Nada que no sea una Divina revelación podrá suplirnos con el suficiente conocimiento como para capacitarnos a cualquiera de nosotros y decir con respecto a estas cosas: “Yo sé”. Considere el lector algunos de los pasajes de Escritura que dicen, “para que sepáis”, y dele gracias a Dios por la luz de Su Palabra.

No debemos olvidar el tiempo en el cual vivió Jenofonte. Todo a su alrededor estaba lleno de hombres y mujeres idólatras que adoraban dioses, a los cuales adscribían ellos atributos iguales a los de los hombres mortales, y cuyos actos eran tan inmorales como los de sus adoradores. En su búsqueda por “el Único”, y la viva conciencia de que la gran Causa única de todo debe estar infinitamente desprovista de toda limitación de

tiempo y sentido, no tan solo ridiculizó Jenofonte al hombre que se asemejaba a los dioses de su día, sino que además arrojó tales dudas sobre el mundo externo de los sentidos como para prácticamente aniquilarlos totalmente. Hablando de los dioses, escribió:

- “Si las zorras y leones pudiesen pintar, harían los cuadros de sus dioses a su semejanza. Si caballos, los pintarían como caballos, si zorras, como zorras”

Jenofonte testificó contra las imágenes esculpidas y la idolatría, de tal modo, que sus dichos le hubiese agradado mucho escucharlos al corazón de Moisés, quien por inspiración de Dios escribió:

- No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que está arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra (Éxodo 20:4).

La ironía de sus citas acerca de zorras y leones nos recuerda la ironía de Isaías 44:9-20, donde el idólatra hace su dios de un trozo de madera de árbol, y con el resto sobrante hace brasas quemándolo para cocer su pan. El propio Salvador testifica concerniente al Padre:

- Nunca habéis oído Su voz, ni habéis visto Su aspecto (Juan 5:37).

Jenofonte clamaba de manera inconsciente por el Hijo de Dios. Si hubiese llegado a conocer la verdad de Filipenses 2, que Cristo era originalmente *en la forma de Dios*, y que Él era *la imagen del Dios invisible* (Colos.1:15), la hueca y vacía filosofía suya habría sido rellena. Cuando él nos habla de “dioses en sus semejanzas”, no sabía nada de Génesis 1 y su declaración concerniente a la afinidad entre Dios y el hombre:

- Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Génesis 1:26).

La objeción de Jenofonte hacia los dioses antropomórficos bien podría justificarse en su propio día y circunstancias, pero esperamos mostrar posteriormente en esta serie que el *Antropomorfismo* (Esta Figura Literaria

se discute en el Volumen 24, páginas 145-147 y 208-211), es vital para nuestro entendimiento de Dios.

- “Hay un Dios supremo entre los dioses y los hombres, que no se asemeja a los mortales ni en la forma ni en la mente”

Desconfiaba totalmente de la evidencia de los sentidos. El mundo exterior no deja de ser sino mera “apariencia”, y realmente pertenece a aquel “Único” – una doctrina muy similar al Panteísmo. Jenofonte daba mucha importancia a la “Antítesis” – “Lo único y lo mucho”, “Lo permanente y lo que muda”, adscribiendo la realidad a lo uno, y negándosela a lo otro. En este punto no estaba totalmente equivocado, tal como una referencia a 2ª Corintios 4:18 nos mostrará:

- Las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.

A menos que reforcemos un poco más nuestro aviso, la idea de desconfiar de los sentidos puede sonar un tanto absurda. Haremos bien en recordar una lección en la escuela que nos demostraba cuán necesario es tener algún que otro modelo distinto de nuestra propia percepción sensorial. Se colocaban tres cubos en la sala de clase, y el alumno primero metía cada una de sus manos al mismo tiempo en los dos cubos situados a cada lado, uno conteniendo agua helada y el otro agua caliente. Después de un cierto tiempo sacaba sus manos y las introducía a su vez, simultáneamente, en el cubo situado en el medio, que contenía agua corriente del grifo. Una mano daba el veredicto: “Esta agua está muy fría”; la otra: “Esta agua está muy caliente”. La percepción de los sentidos, por tanto, es engañosa. Es el termómetro el que tiene que decidir.

El “Dios” de Jenofonte era simplemente el “Ser puro”. Una tal abstracción no podría hacer referencia a nada finito, ni a ninguna conexión posible con las vicisitudes de la existencia. Jenofonte repudió y se deshizo de los “dioses” en forma humana, pero en su lugar tan solo halló una fría *abstracción*, sin forma e inmóvil, sin tener semejanza al “Dios y Padre”, a Quien conocemos a través de Cristo. Las Escrituras no hablan de Dios aparte de Su relación con el hombre y la creación. Desde Génesis a

Apocalipsis, no hay intento alguno por explicar a Dios. Él es Espíritu, Él es invisible, Él es inconmensurable, Él está siempre en todas partes. Estos aspectos están declarados, pero no explicados, y en cualquier parte que se declaren, tan solo se debe a algún tipo de relación que el contexto demanda. Unos cuantos ejemplos ilustrarán este punto:

- Porque es necesario que el que se acerque a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan (Hebr.11:6).

La filosofía bien podía discutir el “ser” de Dios. Génesis asume Su ser, y procede hablando de sus sendas y obras.

- Así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad (Isaías 57:15).

Aquí, a primera vista, está el comienzo de una disquisición filosófica sobre el “infinito”, pero bien visto y al detalle, el versículo muestra que está escrito para enfatizar la condescendencia de Dios:

- Yo habito en la altura y la santidad, y *con el quebrantado y humilde de espíritu.*

Otro pasaje que pude citarse es el Salmo 147:5:

- Su entendimiento es infinito

Este entendimiento se extiende tanto al número como a los nombres de las estrellas, un entendimiento que hace estremecer la mente, pero que se introduce en este Salmo de una manera muy similar a las declaraciones paralelas en el Nuevo Testamento concernientes al recuento de los cabellos de la cabeza y la caída a tierra de los pájaros. Si reunimos juntos los atributos que se adscriben a Dios, se observará que no conforman una plena totalidad. No dejan de ser sino la periferia de un sujeto muy amplio, y hablan de Dios tan solamente a medida que entra en relación con el hombre. Todo lo demás se deja por explicar. Lo que Jenofonte desconocía era la condescendencia de este Gran y Santo Único. No se dio cuenta de que Aquel que creó el cielo y la tierra se había introducido profundamente

en su progreso y su dolor – en otras palabras, no tenía el conocimiento que nosotros tenemos del *misterio de la piedad*: - “Dios manifiesto en carne”

La condescendencia del gran “YO SOY” Moisés y Parménides

La filosofía Eleática que se origina con Jenofonte, fue sintetizada por Parménides, y se completa por Zenón. Parménides se ocupó principalmente con la idea del “ser”, y contrastó esta idea a todo cuanto es complejo y mutable. Sostenía que, al tiempo que la razón guía a la verdad, los sentidos, que estaban ocupados con las impresiones recibidas por un mundo siempre en mutación, eran engañosos. Sus argumentos se dirigían mayormente a probar que *la realidad* en su totalidad no puede cambiar:

- “Si consideramos cada y toda cosa que existe, está claro que no puede llegar a ser más de lo que es, excepto por la adición de algo más; pero si comenzamos literalmente con cada y toda cosa, no hay nada más que pueda añadirse...de ahí se deduce que el conjunto no puede mudar en las partes que sea, por tanto, es una ilusión” (C.E.M. Joad).

En su esfuerzo por preservar intacta la noción del “ser puro”, negó la realidad de la creación. El tema era demasiado inmenso para la mente humana desamparada. El sujeto se tiene en cuenta en las Escrituras en Éxodo 3, pero tan solo para reversarse a un aspecto más bajo de verdad a ser revelado en su lugar. A Moisés se le da una revelación momentánea del “ser” de Dios, pero a esta revelación le sigue inmediatamente el nombre por el cual el Altísimo se revela en el Antiguo Testamento. Moisés pregunta qué deba decir a los hijos de Israel cuando le pregunten por el nombre del Dios que le había enviado. Y llegó la respuesta. – YO SOY EL QUE SOY; y dijo: “Así dirás a los hijos de Israel, YO SOY me envió a vosotros” (Éxodo 3:14).

Aquí tenemos la expresión de aquello que Jenofonte y Parménides procuraron, el Ser Absoluto Incondicional. Pero ¿que podría una nación de esclavos, que habían pasado sus días haciendo ladrillos, saber del “Ser Incondicional”? Un conocimiento tal está muy por encima y es demasiado maravilloso para todos nosotros. Estamos así de tal modo constituidos, que, lo inmutable y lo invisible, para nosotros, es todo lo mismo. Aquello que no esté limitado por el espacio, y no está condicionado por el tiempo, no puede ser comprendido por la mente humana. Y así el Señor, en la plenitud del tiempo, nació de una virgen, y portó consigo el nombre Emanuel “Dios con nosotros”. Más de una vez reveló Él que era el “YO SOY” de Éxodo 3, pero generalmente condescendía, se rebajaba a las condiciones impuestas por nuestras limitaciones humanas y asociaba el incondicional YO SOY con algún otro título. Para nosotros, Él no tan solo es el “YO SOY”, sino que también leemos:

- Yo soy el buen pastor.
- Yo soy la puerta.
- Yo soy el pan de vida.
- Yo soy el camino.
- Yo soy la luz del mundo.

Estas ideas jamás podrían haberlas descubierto los filósofos. Tal como ya hemos dicho repetidamente, la gratuita solución del enigma de la vida se encuentra en la persona de Cristo. Volviendo ahora Éxodo 3, descubrimos que el Señor modifica Su título original:

- *“Jehová el Dios de vuestros padres...me ha enviado a vosotros; este es Mi Nombre para siempre, con él se Me recordará por todos los siglos”* (Éxodo 3:15).

El atemporal “YO SOY” se reemplaza por un nombre que es “por todos los siglos”. El infinito condesciende a las limitaciones de los hombres. La palabra “Jehová” aquí es el nombre “Señor”, que se forma de partes del verbo “ser”. Su composición se despliega en Apocalipsis 1:

- Gracia y paz a vosotros...del que es, y que era, y que ha de venir (Apoc.1:4).

El título Jehová se explica posteriormente en Génesis 33, donde las palabras en hebreo son *Jehovah, El Olam* – “Jehová de la era”. Es fácil creer que Dios es omnipotente, omnisciente, omnipresente y muchos otros altos y maravillosos atributos, pero la gloriosa peculiaridad de la revelación del cristiano es que podamos dirigir nuestra adoración a un humilde pesebre, al Hijo de una virgen, a un Redentor crucificado. Todas estas cosas están por encima de nuestras capacidades, no las podemos descubrir con nuestra humana sabiduría. La filosofía, que niega el pulso de la vida y el gemido de toda la creación, carga consigo su propia sentencia de muerte, y acaba todo y llega a su fin con la enseñanza de Zenón. No sería ni útil ni provechoso que ocupásemos espacio y tiempo tratando con su vana dialéctica. Algunos lectores bien pueden saber cómo, con el objetivo de desacreditar la realidad de “las cosas que se ven”, Zenón inventó el problema de Aquiles y la Tortuga, y procuró desacreditar la realidad del movimiento. Artimañas tales como estas tan solo guían al escepticismo y la sofistería, y fracasan rotundamente a la hora de encontrar el clamor del viviente, o la terrible necesidad de una respuesta a la muerte. Cualquier esfuerzo por descubrir a Dios aparte de Cristo está condenado al fracaso.

A los despreciados y afligidos cautivos en Egipto les fue dada una revelación (Éxodo 3:14, 15) que habría sido una completa respuesta para todas las cuestiones de una generación de filósofos. Y sin embargo, probablemente, habrá algunos creyentes que considerarán los pocos minutos necesarios para leerla una casi pérdida y desperdicio de tiempo.

¡Ojalá que nunca tengamos que aprender el valor de la Palabra de Dios esforzándonos a ello por nuestro razonar, sin su iluminación y enseñanza!

Un mundo en mudanza, sin Aquel, Quien no muda La Filosofía de Heráclito

La sabiduría humana, en su corto transcurso desde Tales a Zenón, acabó introduciéndose en las tinieblas y la oscuridad. Dios fue despojado de todos Sus atributos, y el mundo se vio arrastrado a la mera y vana ilusión. Sin ánimo de faltar al respeto, estamos persuadidos que por encima de las penosas labores de estos sabios hombres podrían haberse escrito como en epitafio las palabras;

- Dice el necio en su corazón: No hay Dios.

Una reacción era inevitable, y halló expresión en la enseñanza de Heráclito (535-475 antes de Cristo). En la filosofía de Heráclito encontramos el péndulo inclinándose hacia el extremo opuesto. Niega lo *permanente* y afirma en cambio la *mutabilidad*. La palabra clave de su filosofía es “pasando a ser” – una palabra de vital importancia en el primer capítulo del Evangelio de Juan, donde leemos, si traducimos literalmente:

- Todas las cosas a través de Él pasaron a existir, y sin Él, ninguna de las cosas que pasaron a existir podría haber venido así a ser (Juan 1:3).

Heráclito sostenía el hecho del mundo en mutación, pero tan solo remotamente se dio cuenta de Aquel “a través de Quien” vino a ser, y “sin el Cual” no podría existir. En los fragmentos de sus escritos leemos:

- “El *Logos* existe desde siempre en el tiempo, sin embargo la humanidad lo ignora, tanto antes de saberlo, y mismo después de haberlo escuchado”.

Esta es una significativa anticipación de Juan 1:1-5, y nos capacita para percibir que, si bien los Judíos tuviesen el privilegio de tener consigo la Ley y los Profetas, fueron en cambio los Griegos, quienes en el intervalo del repudio de Israel, vinieron a ser utilizados para preparar el camino para la sabiduría de Dios en Cristo. Esperamos darle al tema del *Logos* una más definitiva consideración posteriormente.

Siglos antes de Heráclito, Salomón, rey de Israel, ya había estado examinando el mundo y observado su incesante mutación.

- “No se puede el hombre introducir en las mismas aguas de un río, pues siempre se dispersan y recolectan una y otra vez” (Heráclito).
- “Los ríos todos van al mar, y el mar no se llena; al lugar donde los ríos vinieron, allí vuelven para correr de nuevo. Todas las cosas son fatigosas más de lo que el hombre puede expresar; *nunca se sacia el ojo de ver ni el oído de oír*” (Eclesiastés 1:7, 8).

Como parte de la revuelta en contra de la enseñanza de la escuela Eleática, Heráclito afirmaba que nosotros no llegamos a ser conscientes de lo que está siempre “pasando a ser” o la “mutación” por el ejercicio de razón, sino antes bien por la evidencia de los sentidos. Los métodos dialecticos, esto es, los métodos del normal razonamiento, eran por tanto inadmisibles. El Eclesiastés, sin embargo, intentó el método empírico en lo que tenía delante, y dejó registrado el resultado que obtuvo:

- Nunca se sacia el ojo de ver ni el oído de oír.

Heráclito, no en tanto, a pesar de su insistencia sobre los sentidos como opuestos al formal razonamiento, tuvo que confesar que los oídos y los ojos estaban también sujetos a ser engañados, refiriéndose probablemente a la idea de que, todo cuanto parece sólido e inmutable a los sentidos, sea en realidad y seguramente tan pasajero como las aguas corrientes del río. En este punto se anticipó a la ciencia moderna con sus ondas y electrones.

En Eclesiastés leemos:

- ¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará; y nada hay nuevo debajo del sol (Eclesiastés 1:9).

Heráclito se refiere al fuego como un principio que subyace en toda “mutación”, todo cuanto esté “pasando a ser”; el fuego que siempre está extinguiéndose y vuelto a reencender es un elemento que todo va consumiendo, transmutando todo, vivificando todo. Los dos procesos, de

extinción e ignición en este alternativo poder del fuego, según Heráclito, están en perpetua rotación el uno con el otro:

- “En determinados periodos, el mundo se va disolviendo por sí primero en el fuego, con el fin de volver a recrearse por sí proveniente del fuego de nuevo”.

Ninguno de cuantos estén familiarizados con la Escritura podrá aquí dejar de comparar estas palabras de Heráclito con el testimonio del apóstol Pedro:

- Pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos...los cielos, encendiéndose, serán desechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán. Pero nosotros esperamos según Sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia (2ª Pedro 3:7-13).

En la enseñanza de Heráclito, por tanto, no hay nada que pueda esperarse sino una “perpetua rotación”; en la enseñanza de Pedro en cambio sí que hay un objetivo y un fin en vista. Además, todo el pasaje en la epístola de Pedro no nace ni se desarrolla *proveniente de una teoría filosófica*, sino del *cumplimiento de una promesa*, la promesa del personal retorno del Señor Jesucristo. El pasaje comienza con las palabras de los que se burlaban diciendo: “¿Dónde está la promesa de Su venida?” (2ª Pedro 3:4).

Las “rotaciones” que nunca acaban en la filosofía de Heráclito son “días” en la enseñanza de Pedro, “el día del Señor” y “el día de Dios”, esto es, días que se asocian íntimamente con una Persona. La nota *personal* constituye la diferencia esencial entre la filosofía de todos los tiempos, y el testimonio de la Escritura. La gloria de la Palabra de Dios es que la plenitud de la Deidad no es una cosa abstracta, sino que habita “corporalmente” en el Señor Jesucristo. La Palabra de Vida ha sido “vista” y “palpada”.

Nosotros realmente concordamos con Heráclito en que hay un mundo de mutación, sin embargo, por la gracia de Dios, también contemplamos por encima “Aquel Quien no muda”. La filosofía tan solo puede llamar nuestra atención al cambio y la decadencia, pero Dios va iluminándonos en las tinieblas con la luz que brilla en la faz de Jesucristo.

- Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de Tus manos. *Ellos perecerán, mas Tú permaneces...Tú eres el mismo...* Jesucristo es el mismo ayer; y hoy, y por los siglos (Hebr.1:10-12; 13:8).

Empédocles, y la necesidad de un Mediador.

Antes que tratemos con el siguiente paso dado por la sabiduría humana en su intento por descubrir la naturaleza de la *realidad suprema* y *el origen de la fuerza y vida*, vayamos primero a la fuente de toda verdad, y leamos una vez más con creciente asombro los hechos tan simples que doscientos años de penosos razonamientos, desde Tales a Heráclito, no han podido descubrir:

- En el principio Dios creó el cielo y la tierra. Y la tierra pasó a estar desordenada y vacía; y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo. Y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas. Y dijo Dios: Hágase la luz; y fue la luz (Génesis 1:1-3 R.V.).

Estas son palabras de verdad revelada que disipan las tinieblas de la humana sabiduría, así como el sol del amanecer disipa la oscuridad de la noche.

En el principio (griego: *arche*). – Una y otra vez nos encontramos con esta palabra transcurriendo desde los escritos de los más tempranos filósofos. ¿Qué podrá ser el “primario principio”, el *arche*? Según Tales debe ser el agua. De acuerdo a Anaximandro no puede ser algo tan determinante como el agua; debe ser una ilimitada substancia similar al éter. A seguir viene Anaxímenes, quien enseñaba que no puede ser nada de esas dos cosas, sino que debe ser algo más raro que el agua, pero al mismo

tiempo no algo tan abstracto como el “infinito” – debe por tanto ser *el aire*. Pitágoras, repudiando las tres anteriores teorías, descubre que el *arche* es el *número*, ya que las relaciones matemáticas se encuentran en todas partes. La Escritura hace dos definitivas declaraciones concernientes al “principio” (*arche*) en el Nuevo Testamento:

- (1) *En el principio era la Palabra...todas las cosas por Él (por Quien es la Palabra Viva) fueron hechas (Juan 1:1-3).*
- (2) *Estas cosas dice el Amen, el testigo fiel y verdadero, el Principio de la Creación de Dios (Apoc.3:14).*

La filosofía fracasa y pierde su camino porque no sabe nada del elemento *personal*, que es una de las principales glorias de la verdadera Revelación de Dios. El *principio* de la creación de Dios no es meramente “tiempo”, sino el propio Cristo en Sí. Así pues, cuando Génesis 1:1 se refiere al “principio”, nosotros debemos entender no solamente el principio de tiempo, sino que toda la creación fue creada “en Cristo”. Los problemas de la filosofía con respecto a la aparente imposibilidad en un cierto punto del Ser incondicional y absoluto entrar en contacto con la creación que va pasando en mudanza, dichos obstáculos se responden plenamente en la Persona de Cristo, “el Primogénito de toda la creación”. Esperamos tratar posteriormente con esta enseñanza más al detalle; de momento, todavía estamos revisando la sabiduría del hombre.

El tema principal que parece se presentó por sí en la coyuntura de la historia de la filosofía que hasta aquí hemos visto, era la cuestión del origen del *movimiento, fuerza, mutación y crecimiento*. ¿Cómo sería posible que el “Ser” de los Eleáticos tuviese cualquier contacto con el “Principio” de Heráclito?

Empédocles (490 – 430 antes de Cristo) asumió la existencia de cuatro elementos radicales: el fuego, el agua, el aire y la tierra; y puso al lado de la materia inerte una doble fuerza motriz, por él comparada al amor y el odio, o, como diríamos hoy en día, la atracción y repulsa. En este punto Empédocles parece tener consigo algún relance de la verdad revelada en Génesis 1. Aquí, la fuerza motriz se dice ser “el Espíritu de Dios”, y a seguir tenemos una muy definitiva declaración:

- Dios separó la luz de las tinieblas...sepárense las aguas de las aguas...reúnanse las aguas bajo el cielo en un solo lugar (Gén.1:4-9 R.V.)

Empédocles también afirmaba que el sujeto conocedor y el objeto conocido deben ser de igual naturaleza. Vamos a ver que esto es una valiosa verdad, pero reservamos un comentario al respecto hasta que la revisión que estamos llevando a cabo se concluya. Fue además el primer psicólogo, y declaro que Dios es “puro espíritu, sin cuerpo o miembros”; no obstante, no prosiguió desarrollando más allá el tema, ¿cómo podría él, o cualquier otro hombre hacerlo? Se precisa absolutamente el Cristo Mediador. Empédocles parece haber tenido alguna idea del principio de Génesis 1:2, pues enseñaba que al principio los cuatro elementos existían conjuntamente, absolutamente interaliados el uno al otro, hasta que se introdujo “el conflicto”, quebrando la unidad, y de ese modo vino en existencia el mundo de tiniebla y luz, vida y muerte, y los muchos “contrarios” pertenecientes a la experiencia del día cotidiano. El estudiante de la Escritura sabe bien que el mundo presente es el campo de batalla del *conflicto* de las edades, sabe bien que hay un enemigo muy real operando, y que no será posible antes que la batalla finalice, y reinen los justos, que la verdadera unidad y la paz gobiernen. Todo esto, sin embargo, nos regocijamos sabiendo que no se ha de producir por la operación de las *fuerzas elementares*, sino por amor, el amor del Padre, el amor del Hijo, y el amor del Espíritu, envolviendo con ello el Sacrificio y la longanimidad que está más allá del entendimiento del hombre mortal.

Probablemente no haya lector alguno de estas líneas cuyas capacidades mentales e intelectuales sobrepasen, o mismo alcancen, el nivel de estos hombres cuyos hallazgos estamos intentando analizar – sin embargo, el más elemental de nosotros es más sabio que todo el mundo de filósofos, si en verdad puede decirse que nosotros “tenemos la mente de Cristo” (1ª Corintios 2:16).

¿Acaso o inteligencia? La Fase Final Demócrito y Anaxágoras

En nuestro último artículo vimos que Empédocles intentó descubrir alguna fuerza mediadora que produjese la junción del “Ser” de los filósofos Eleáticos con el “Principio” de Heráclito. Juan 1:1-3 nos fornece este poder interviniente en la Persona de “La Palabra”, Quien estaba “con” Dios, Quien “era” Dios, y a través de Quien todo “vino a existir”. Esta gran verdad, no en tanto, no vino a descubrirse por sabiduría humana alguna, y por eso encontramos otro intento más para resolver el problema. Demócrito (460 antes de Cristo) fue quien expuso la teoría atómica del universo, una teoría que todavía continúa vigente entre químicos y físicos hoy en día. Los átomos de Demócrito estaban siempre en movimiento y eran eternos; y a su caída juntamente y al chocar unos con otros, él supuso que así haya sido formado el universo. Claro que, ninguna válida explicación pudo darse para esta maravillosa propiciación de cosas, sino tan solo la “necesidad”, o el “acaso”, en contraste con una *Causa final*.

La filosofía de Demócrito viene a ser, por tanto, naturalista y ateísta, y culminó en los Sofistas, de quienes esperamos hablar a seguir. El gran fracaso en todos los sistemas de filosofía que hemos estado revisando es que ninguna *Causa* adecuada pudo descubrirse para el mundo tal como lo contemplamos, y ningún objetivo o propósito para su concreción. En contraste con la teoría de Demócrito del ciego “acaso” tenemos el sistema de Anaxágoras, que vivió en el mismo tiempo. Anaxágoras hizo un esfuerzo por remover la dificultad introduciendo la idea de una “designada inteligencia”. Después de doscientos años de intenso razonamiento filosófico se percibió por fin, aunque tenuemente, la posibilidad de aquello que se expresa tan simplemente en Génesis 1:1. Anaxágoras escribe:

- “Todas las cosas estuvieron reunidas, infinitamente numerosas, infinitamente en pequeño; entonces llegó el *nous* (“mente” o “inteligencia”) y las dispuso todas en orden”

Aquí se vislumbra una vaga comprensión del *caos* y el *orden* subsecuente de los seis días de la creación. Hablando de Anaxágoras y su enseñanza Aristóteles dice:

- Cuando un hombre llegó diciendo que había en la naturaleza, así como en los animales, una inteligencia, que es la causa del arreglo

y orden del universo, este hombre por sí solo apareció preservando su razón, en medio de las necesidades de sus predecesores.

Anaxágoras, no en tanto, fracasa de igual manera, pues su “nous” no deja de ser sino simplemente un “impulsor de la materia”. Sócrates, de quien hablaremos más tarde, se queja de que, en la esperanza de traer al *Ser* más allá de la mera y ocasional causa secundaria y antes bien destinarlo como el Ser de las causas finales, él propio se había aplicado siguiendo antes en el estudio de Anaxágoras.

Los Sofistas

Cada uno hacía lo que bien le parecía

Con la llegada de los Sofistas, un gran cambio llegó a darse en el mundo del pensamiento, un nuevo principio aparece. Según este nuevo punto de vista (al cual bien podemos denominar el principio de la *subjetividad*) las cosas son así como nos parecen a cada uno de nosotros, y *la verdad universal* es algo que no existe. Los Sofistas aprovecharon la idea del “flujo y mutación” de todas las cosas que enseñaba Heráclito, para desafiar y cuestionar toda la realidad. Enseñaban que el propio individuo en sí determinaba lo que debería o no debería ser verdad, o justo y bueno; y los tiempos en los cuales vivió hicieron gran eco de su doctrina. La búsqueda de *sí mismo* y la *lucha partidaria* fueron las características de la vida pública cotidiana. El axioma de Pitágoras: “El Hombre es la medida del universo” llevó a que el estado de las cosas viniera a ser comparable al cierre del Libro de Jueces:

- En estos días no había rey en Israel; *cada uno hacía lo que bien le parecía* (Jueces 21:25).

Cuando los Sofistas se referían al “hombre” como la “medida”, se referían al *hombre individual*. Una vez que cada individuo es quien tan solo conoce sus sensaciones, aquello que le “parezca” bueno a sus ojos “es” lo bueno – una doctrina sobre la cual nos parece que Adán y Eva actuaron en el jardín del Edén, y que volverá de nuevo a aparecer en toda su fuerza al final de esta era, cuando, tal como el Apóstol escribe:

- Habrá hombres amadores de sí mismos...amadores de los deleites, más que de Dios (2ª Tim.2-4).

Los Sofistas eran escépticos – una actitud en parte justificada por la extendida corrupción habida entre el pueblo y proveniente del carácter natural decadente que se atribuía a sus dioses y héroes mitológicos tradicionales. Los Sofistas griegos se asemejaban en mucho a los Iluminados Franceses tales como Voltaire o Rousseau, cuyas enseñanzas ocasionaron la gran Revolución. Al igual que ellos, también, los Sofistas eran *enciclopédicos* en el rango, aunque su fuerza especial residía más bien en la rapidez y formalidad de la retórica, y no tanto en el conocimiento positivo. Hipeas se vanagloriaba de que siempre era capaz de decir algo nuevo sobre cualquier materia bajo discusión, y otros muchos llegaron al punto de mantener serios discursos sobre los más insignificantes sujetos imaginables. En otras palabras, tal como el Apóstol dijo refiriéndose a sus sucesores, se caracterizarían por hacer, *una pantomima de la sabiduría, vanas palabrerías, y palabras sin provecho alguno.*

PROTÓGORAS (490 antes de Cristo), el primero de los Sofistas, fue más bien agnóstico que atea. Comienza su libro con las palabras:

- “En cuanto a los dioses, soy incapaz de saber si existen, o si no existen; pues hay demasiados obstáculos que nos impiden de conocer estas cosas, así como la oscuridad del sujeto en cuanto a la brevedad de la vida del hombre”

Habiendo resuelto que todo conocimiento nos llega proveniente de los sentidos, y habiéndole dado al hombre en sí mismo el ser árbitro del bien y del mal, el práctico resultado no pudo dejar de ser otro sino la *gratificación de los sentidos*. Una vez logrado este objetivo, y junto con eso el hecho de que la percepción y la sensación se halla en gran cantidad de gente y en incontable variedad, el resultado práctico no pudo ser otro sino el completo caos moral: Si “UNO” dice que algo es azul, el “OTRO” bien puede decir que es verde, y ambos están en lo cierto.

Según los Sofistas nada hay en sí mismo de malo o de bueno; tan solo las leyes hacen con que sea así. Y cada uno está en su derecho de tomar las leyes como bien le plazca, de acuerdo a lo cual, vendrán dichas leyes a ser para nuestro propio provecho y beneficio. En contraste con esto, meditemos por un momento sobre los estatutos y mandamientos, las leyes y preceptos dados a Israel. No es de admirar que Moisés dijese:

- ¿Y qué nación grande hay que tenga estatutos y juicios justos como es toda esta ley que yo pongo hoy delante de vosotros? (Deut.4:8).

No es de admirar que el Salmista hable de su amor por la ley, y cómo le resultaba ser dicha ley más preciada que el oro. Ahora estamos en mejor posición para pensar acerca de la *condenación* de la ley, y la gloriosa *liberación* del evangelio, esto es, cuán difícil es para nosotros ponernos debajo de la posición de aquellos que viven en la anárquica atmósfera creada por el Sofismo.

A seguir a Protágoras, el siguiente y más famoso de los Sofistas fue GORGAS (483 antes de Cristo). Su obra porta consigo el característico título: “De la No-existencia, o de Natura”. Argumenta que (1) nada existe, o (2) si algo existe, no puede ser conocido, o (3) si puede conocerse, no puede comunicarse. Si el lector se sorprende preguntándose qué sentido pueda tener la declaración afirmando que “nada existe”, Gorgas se lo explicaría en términos de *origen*. Cualquier cosa se suponga que exista, diría él, podrá haber sido *originada*, o *no originada*. Si se originó, esto supone la *no-existencia* previa; si no se originó, entonces tampoco *existiría* ahora. Y así, con una mueca, le habría dejado pasmado, no con la solución, sino con un *dialéctico dilema*.

La gran omisión en todo este esquema es la de *un Creador Personal*. A la luz de esta verdad revelada, todas estas especulaciones pasan a ser absurdas. Los Sofistas que sucedieron a Gorgas llegaron a ser más audaces. Nada era sagrado para ellos. Las leyes, los estatutos, las costumbres, todo por igual fue destruido. El poder y la fuerza eran la ley de la naturaleza, y *la gratificación ilimitada de los deseos* el derecho natural de los más fuertes. Las leyes restrictivas más no eran sino la astuta invención de los

más débiles. Algunos de nuestros lectores reconocerán el mismo espíritu aquí que el hallado en la enseñanza de Nietzsche, un filósofo alemán del siglo pasado. Aclamó el Darwinismo y su doctrina de la “sobrevivencia de los más aptos” como el evangelio de la lucha eterna y *el triunfo de los fuertes*. Atacó la piedad, el humanitarismo y la cristiandad, y fijó su vista al frente, ansiando la aparición del “super-hombre”, quien vendría a ser libre de lo que él denominó ser la “esclava moralidad”.

Todas estas doctrinas no dejan de ser sino anticipos de la terrible anarquía que han de caracterizar los *últimos días*, lo cual es un tema solemne para la sabiduría de este mundo. No olvidemos que la sabiduría de este mundo, en su ignorancia de la sabiduría oculta de Dios, *crucificó al Señor de gloria* (1ª Corintios 2:7, 8). Aferrémonos con firmeza a la verdad revelada para todas las eras en las palabras de Proverbios 1:7:

El principio de la sabiduría es el temor de Jehová

Sócrates, y la Filosofía Moral

Un magnífico edificio, pero sin el necesario fundamento

Hemos con frecuencia reiterado en esta serie el hecho de que la *verdad revelada* difiere esencialmente de todo *sistema filosófico*, se diferencia en que presenta *toda la verdad* concerniente tanto a Dios como al hombre en una *Persona*. Los oídos han oído, los ojos han visto, las manos han palpado a Quien es, **la Palabra de Vida**.

En la historia de la filosofía lo “personal” aparece en escena por primera vez en la enseñanza de Sócrates. Su sistema es esencialmente una biografía. En esto, en cuanto a método concierne, Sócrates se aproxima más de cerca a las Escrituras que cualquier otro pensador sin inspiración. Las Escrituras no tan solamente enseñan la doctrina de la justificación por fe, por ejemplo, sino que además, ilustran dicha doctrina en la historia de vida de Abraham (Rom.4; Santiago 2, etc.). No es posible, sin embargo, para un simple ser humano, llegar a rellenar la medida de verdad; esto es la

prerrogativa verdad de Uno Solo, y solamente de Uno Único – el Hijo de Dios.

Sócrates había nacido 469 años antes de Cristo. Su manera de dar instrucciones era fácil de digerir y convencional, y para ello empleaba las cosas de la vida cotidiana como ejemplo e ilustración. En este punto su enseñanza contrastaba en mucho con la *pantomima de sabiduría* y su fluyente retórica de los Sofistas. Sócrates inventó el término “filósofo” o “amante de la sabiduría”, en oposición al vano clamor incesante de los “Sofistas” a ser “Lo Sabio”.

El “método Socrático”. – Es el método de enseñanza y aprendizaje obtenido por el hábil *cuestionamiento* – y es proverbial. Sócrates se mantuvo incesantemente y sin descanso ocupado e intentando encontrar el “por qué” de cada cosa. Aristóteles afirmó que las dos cosas que constituyen el fundamento de la ciencia, esto es, el método de inducción, y la lógica definición, las dos cosas se debían a Sócrates.

Sócrates tomó consigo la enseñanza de los Sofistas relativa a que cada persona es el juez o árbitro de aquello que sea cierto y equivocado, pero demostró al mismo tiempo que cada pensamiento tiene por baremo la conciencia, en cuanto a lo que él piense que esté correcto o errado; y eso no meramente para consigo propio, sino además hacia cada ser racional también. Todo esto lo llevó procurando a su gran indagación: “¿Qué constituye *la virtud*?” – La “Virtud” dijo Sócrates, “es el conocimiento, y su contrario es la ignorancia”. Los Sofistas consideraban la propiciación del *placer personal* como el objetivo final de la vida. Sócrates en cambio enseñaba que la racional satisfacción proviene solamente de la conducta que esté de acuerdo con el dictamen de la razón. “Todos los hombres”, argumentaba él, “procuran la felicidad, y por tanto, una vez que *la virtud* es la única verdadera vía de la felicidad, todos los hombres deberían ser *virtuosos*, si tan solo sepan dónde se halle lo cierto y verdadero.”

Sócrates, como vemos, poseía consigo en esta tenue verdad una buena mezcla de verdad y de error. Su objetivo era bueno, sin embargo, nunca llegó a admitir que el hombre era una natura caída, y que dicha razón en sí no es necesariamente obedecida. No obstante, Sócrates estaba más cerca de

lo cierto de lo que algunos pensadores, pues puso juntas la ignorancia y el vicio, y el conocimiento y la virtud. Vio claramente las hojas, las flores, el fruto que debería crecer sobre el árbol, pero fracasó, como toda razón desamparada tiene que fracasar, a la hora de descubrir la sola y única raíz que soporta al árbol. Pedro, el inspirado pescador, podría haberle enseñado que tanto la virtud como el conocimiento y la piedad son solo posibles después de una gran mudanza:

- Según Su DIVINO PODER nos han sido dadas todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad, a través del conocimiento de Aquel que nos ha llamado a la gloria y virtud (2ª Pedro 1:3 R.V.).

Tan solo el Juez de los secretos de los hombres podría haber hecho con que Sócrates abrazase esta revelación, podría haberle provisto la “única cosa necesaria”.

- Por lo cual se nos han dado grandes y preciosas promesas; para que por ellas podáis ser partícipes de la NATURALEZA DIVINA, habiendo escapado de la corrupción que hay en el mundo (2ª Pedro 1:4 R.V.).

Aquí tenemos un *poder divino*, y una *naturaleza divina*, ambas cosas proceden de aquello que el apóstol refiere en el versículo de apertura de la epístola:

- *Una fe* igualmente preciosa que la nuestra, a través de la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo (2ª Pedro 1:1).

Esta “fe” es verdaderamente la raíz de toda virtud. Y teniendo Pedro consigo esta fundación pudo seguir en frente confiadamente, allí donde Sócrates tambaleó y tuvo que detenerse.

- Poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud conocimiento (2ª Pedro 1:5).

Aquí ciertamente tenemos la virtud y el conocimiento asociados juntamente, pero son “añadidos”, y esto presupone una fundación ya antes

depositada, la fundación de la “fe”. Pedro bien pudo decir: “Añadid a vuestra fe virtud, y a la virtud conocimiento”. Sócrates tan solo pudo señalar que la virtud es conocimiento, sin ser capaz de proveer ni una cosa ni otra. Que el vicio y la ignorancia van juntas mano a mano es del común conocimiento. Hablando de los Gentiles, el Apóstol escribe:

- Teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos a la VIDA DE DIOS por la ignorancia que en ellos hay (Efesios 4:18).

Lo que Sócrates no sabía era que la ignorancia no meramente oscurece la razón, sino que aleja al individuo de la propia “vida de Dios”. Una y otra vez volvemos a ver la única gran diferencia entre la Filosofía y Revelación – el énfasis sobre una Persona. Pedro nos habla de “la naturaleza Divina”; Pablo nos habla de “la vida de Dios”, y “la verdad en Jesús” (Efesios 4:21). Sócrates afirmaba que nadie era perverso voluntariamente. La declaración es demasiado amplia, pero conlleva dentro un elemento de verdad. Los hombres han intentado siempre justificar sus actos. Muy pocos hay que se propongan de antemano hacer lo errado, sabiendo que está equivocado. En la mayoría de los casos se hace un intento por mascarar el acto para que parezca correcto. Por poner un ejemplo en particular, considere el lector las razones que se dan por una cualquier nación para justificar la declaración de guerra. ¿Habrá alguna simple declaración que diga en edicto públicamente, “Sabemos que nuestros actos son impulsados por la pura avaricia, pero somos lo suficientemente fuertes y capaces de vencer, así que esto es todo cuanto importa”? ¡Claro que no! Nada, sino tan solo un verdadero arrepentimiento lleva a un hombre a decir:

- “Me levantaré e iré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, ya no soy más digno de ser llamado tu hijo”.

Muchos libros han sido escritos acerca de Sócrates, el hombre, su mensaje, y su método. Estaría, no en tanto, fuera del alcance de estos artículos intentar siquiera ocuparnos con dicho sujeto en detalle. Los detalles de su filosofía y todo cuanto emprendió hasta el fin de su vida debemos dejarlo para los lectores interesados que los procuren.

Sócrates depositó la fundación de la filosofía moral, y al fin y al cabo murió por la doctrina que sostenía. Pero ni su enseñanza ni su muerte produjeron jamás la vida. Nadie más, y nada menos, sino la muerte del Fundador de nuestra fe, pudo hacer de una filosofía moral algo más que un astuto sistema de enseñanza incapaz del logro práctico. Tal como Pedro nos enseña, debemos “añadir a nuestra fe virtud”, pero esta añadidura jamás sería posible a menos que andemos en el *poder Divino*, y seamos hechos partícipes de la *naturaleza Divina*. Dicho de otra manera: la virtud es conocimiento, pero tan solo si dicho conocimiento es el conocimiento de Cristo.

Creced en la gracia, y en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo
(2ª Pedro 3:18).

Los sucesores de Sócrates y su fracaso

Sócrates no fue el fundador de ninguna escuela, pero dejó detrás de sí la memoria de una vida que tenía en cierta medida ejemplificada su anhelo y enseñanza. Como sería de esperar, a seguir, diferentes hombres interpretaron su vida y enseñanza en varias vías, de acuerdo a su propio temperamento y predilección. Tres diferentes sistemas han llegado a ser históricos, la escuela de los Cínicos, la escuela Cirenea, y la escuela Megeria, representadas respectivamente por Antistenes, Aristipos, y Euclides (no confundir con el matemático del mismo nombre). Todos estos escolares, no obstante, fueron demasiado unilaterales en sus presentaciones de la enseñanza original de Sócrates.

Antistenes y los Cínicos. – El nombre de esta escuela de filosofía ha pasado a ser un término común castellano para describir a cualquiera que sea *misántropo* e inclinado a la mera *apariencia* de sinceridad o bondad hacia otros. Sócrates, con una sana humanidad, despreciaba al liviano, la lujuria, y al afeminado, sin embargo Antistenes caricaturó a su maestro en vez de seguirle, viviendo austeramente y vistiendo ropas raídas y andrajosas. Sócrates, no en tanto, dejó muy claro que una tal manera de vivir no era una verdadera interpretación de su doctrina, y de ahí que un día le dijera a Antistenes:

- “Bien veo tu vanidad, Antistenes, asomando a través de los remiendos de tu capa”

Este dicho parece aproximarse mucho a la verdad que se encuentra en el Sermón de la Montaña:

- Cuando ayunéis, no seáis austeros como los hipócritas; porque ellos demudan sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan; de cierto os digo que ya tienen su recompensa (Mateo 6:16).

El Apóstol, escribiendo a los Colosenses, habla de manera similar sobre la inutilidad de “ser negligentes (de duro trato) con el cuerpo” (Colos.2:23). Algunos de nuestros lectores podrán preguntarse cómo sería posible que el Cinismo tuviese consigo el resultado de la enseñanza de Sócrates. La respuesta es que Antistenes, al igual que Sócrates, enseñaba que la virtud era la única cosa digna del esfuerzo humano, sin embargo malinterpretó a su maestro haciendo con que la virtud consistiese meramente en la negación del deseo, la evitación del mal, la indiferencia hacia el matrimonio, a la propia familia, a las riquezas, al honor, y al regocijo. Era contra esta vana y engañosa filosofía que el Apóstol avisaba a los Colosenses, por eso lo que realmente les dijo fue: “Cuidaros mucho y no caigáis en esa especie de santidad, la cual no es más que el resultado de las meras prohibiciones, tales como NO TOQUES, NO PRUEBES, NO MANOSEES”. El Cinismo vendrá a ser (y ya está entre nosotros) una de las características del cierre de la era, al igual que el anarquismo y el escepticismo que ya hemos considerado:

- Prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad (1ª Timoteo 4:3).

En 1ª Timoteo 6 leemos:

- El Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos (1ª Timoteo 6:17)

Las palabras “en abundancia para que las disfrutemos” le habrían reteñido sus oídos a Antistenes, pero todo aquel que “confíe en el Dios viviente” no precisa de vestirse con andrajos y ropas raídas para mostrar su crucifixión al mundo. A medida que el Cinismo avanzaba fue expresando mayor desprecio por la propiedad y la decencia. Pero no iremos a ocuparnos aquí con los actos y dichos innombrables de Diógenes, sino que pasaremos a la segunda escuela, esto es, la Cirenea.

Sócrates había enseñado que la virtud y la felicidad conjuntamente constituían el más alto objetivo humano posible, pero nunca basó este punto de vista sobre cualquier ley moral, aparte de la enseñanza de que la verdadera felicidad tenía que hallarse en la senda de la virtud. Aristipos, el fundador de la escuela Cirenea, aprovechó esta vaga definición de la felicidad y la puso como el criterio de lo que constituye la virtud. Haciendo del placer el más sublime bien de la vida, y llegando probablemente a un más grande extremismo a causa de la actitud de los Cínicos para con los pequeños placeres, su enseñanza degeneró en el mero regocijo de los placeres corporales y las sensaciones. Como consecuencia, todas las limitaciones de moralidad fueron ignoradas, ya que limitaban e impedían el placer; y nada se consideraba perverso, vergonzoso o impío, a la hora de procurarlo. Abogó por la justicia, una vez que la injusticia no se condena, y así pues, no guía a la felicidad; también aconsejó el dominio propio, sin embargo, ignorando voluntariamente la natura pecadora del hombre, su enseñanza no pudo llevar a ninguna otra parte sino a la irresponsable ilegalidad.

La tercera escuela fue fundada por Euclides, quien enseñó que ciertamente en el ser se hallaba solo lo Bueno, y que el mal no existía. Ninguno de estos hombres comprendió la enseñanza de Sócrates; esto le estaba reservado a Platón. La idea de hacer del “placer” un criterio de virtud volvió atrás, al tiempo de Adán:

- Y cuando la mujer vio que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos... (Génesis 3:6).

Siglos antes del nacimiento de Sócrates, el Eclesiastés nos dice que él había experimentado y andado ya en estas mismas sendas:

- Dije yo en mi corazón: Ven ahora, te probaré con alegría, y gozarás de bienes; pero he aquí también esto era vanidad (Eclesiastés 2:1).

Así estuvo en estas sendas procurando “hasta ver cuál fuese el bien de los hijos de los hombres” (Eclesiastés 2:3). Y en consecuencia persiguió procurando el placer, grandes edificios, casas, jardines, posesiones... “tesoros preciados de reyes”, la música y el arte – “no negué a mis ojos ninguna cosa que desearan, ni aparté mi corazón de placer alguno” (Eclesiastés 2:10). Y sin embargo su solemne veredicto es que *todo es vanidad*. El Eclesiastés vio lo que ninguno de estos filósofos parecen haber sopesado suficientemente, que “el único acontecimiento” que le sucede a todos despoja de valor todo placer terrenal y lo reduce a la vanidad. A medida que vamos siguiendo la enseñanza del libro del Eclesiastés, nuestros ojos se dirigen hacia adelante y hacia arriba. La llave del problema reside “*allí*, y no “*aquí*” (Ecles.3:17; 5:8; 7:18; 12:13, 14).

El Cínico evitaba todos los placeres. El Cireneo los procuraba ardientemente. El Eclesiastés procuró ambas vías: pone de lado al placer en el capítulo 2, y sin embargo lo recomienda en 8:15; 3:12; 5:18; y 9:7-10. Una paciente examinación de sus hallazgos o conclusiones, no obstante, nos ha de mostrar que no hay contradicción alguna. En la mayoría de los capítulos lo que está en vista es aquel “un mismo acontecimiento”, y cuando este punto se tiene en cuenta, y el mundo y sus sendas se ponen en su verdadera perspectiva, los inocentes placeres de la vida son recomendables (Los lectores interesados encontrarán más plena exposición de estos puntos en la serie de artículos sobre *Eclesiastés*, publicado en los Vol.10 a 13).

Sócrates vivió, en cierta medida, según su propia doctrina, y tuvo por eso una muerte de martirio; sin embargo era un pecador, y como tal precisaba de un Salvador. Su vida y muerte no pasan de ser sino un mero ejemplo de sinceridad. Pero ni puede producir liberación alguna del pecado ni darnos la bendita garantía de victoria sobre el sepulcro. Hasta qué punto “fue andando” Sócrates en pos de las enseñanzas del Señor, no lo sabemos. Felizmente, todos los juicios han sido puestos en manos de Aquel Quien

conocía bien Tiro y Sidón, y nos dice que Sodoma y Gomorra habrían actuado mejor que estas dos ciudades en circunstancias más favorables (Mateo 11:20-24), y nosotros con gratitud dejamos a Sócrates y a los tales en manos del Salvador.

Por nuestra parte, ¿podremos estar suficientemente agradecidos por Aquel Quien enseñó la Verdad, Quien vivió y murió por la Verdad, y Quien por Su vida y muerte nos libró del pecado, puso nuestros pies en la senda de la virtud, nos capacitó para negarnos a nosotros mismos sin cinismos, y nos dirigió nuestra mirada al frente, al deleite y los placeres a la diestra de Dios que son eternos?

Platón, el Idealista

La cima de la sabiduría humana se logra en las labores de Platón. La filosofía de Platón se basó sobre la enseñanza de Sócrates, y su famosa teoría de ideas puede considerarse como un intento mediador entre los dos sistemas, de Heráclito y Parménides. Aquello que se ve de manera muy tenue e incierto por el maestro – Sócrates, se desarrolla y sistematiza por su discípulo. Era necesario, por tanto, dos exponentes para darle a la enseñanza de Sócrates un acabamiento, Platón nos da la “idea”, y Aristóteles la “forma” – el primero es *el idealista*, y el posterior *el realista*. Platón revisó y se sujetó a los previos filósofos procurando el método Socrático del cuestionamiento y respuesta.

Intentar exponer aquí siquiera superficialmente la enseñanza de Platón está por encima de nuestra habilidad, tiempo y propósito. En esta serie de artículos estamos simplemente intentando esquematizar tanto cuanto posible la historia de la sabiduría humana entre el cierre del Antiguo Testamento y el nacimiento de Cristo, con el objetivo de avivar la apreciación del lector del don de Dios – la escrita y viva Palabra.

El principio de “la correcta división”, que gobierna todo nuestro estudio de la Escritura, no es tan solamente un principio espiritual, sino que se obtiene además por pensamientos que son tanto mentales como físicos. La “Correcta División” es la regla de todo estudio, toda administración,

toda ciencia; y sin dicho principio, tan solo tenemos confusión en vez de claridad. Platón nos habla de la dialéctica o lógica como siendo la “ciencia de conducir debidamente el discurso, y de reunir o desmembrar debidamente el *género* de las cosas”. La palabra “*genus*” (plural de *género*) indica una clase o tipo que incluye las especies que tengan ciertos atributos en común. Así, la palabra “perro” representa un *genus*, mientras que “terrier” y “spaniel” se ponen por *especies* en particular – las cuales, aunque teniendo consigo ciertas características diferentes, están de cualquier manera asociadas, y pertenecen ambas a una clase o *genus*.

Si fuésemos tan sabios como Platón, o sin tan simplemente tomásemos en cuenta la instrucción de 2ª Timoteo 2:15, diferenciaríamos bien entre “Reino” e “Iglesia”. Así pues, “dividiríamos correctamente la Palabra de Verdad”, y con eso no tan solamente evitaríamos toda confusión, sino que además profundaríamos y ensancharíamos nuestro entendimiento. Hay muchas ideas y aspectos con respecto a “Lo Bueno”, aquello que le costó a Platón toda su vida trabajando por averiguar y que se aproximan a la idea de “Dios”; pero su idealismo le llevaría tan solo hasta el “Ser” en vez de al “Dios Viviente”. Platón no halló al “Dios personal”, pues tan solamente puede ser hallado “en Cristo”. La doctrina de la inmortalidad del alma que Platón enseñó, ha desplazado o modificado la enseñanza de la Escritura en el caso de muchos creyentes, y en la mayor parte de las denominaciones. Platón no hizo declaraciones reveladoras concernientes a la naturaleza del alma, tampoco de la diferencia entre alma y espíritu. No sabía nada de resurrección, ni como una doctrina, ni como un bendito hecho de historia. No conoció Aquel Quien pudo decir: Yo soy la Resurrección y la Vida. Nada sabía de Juan 3:16. Los cristianos, en cambio, tienen consigo todas estas ventajas, y son ciertamente culpables si siguen la enseñanza de Platón, y dejan de lado la revelación de Dios.

La *Moralidad*, en la enseñanza de Platón, es generalmente más bien un asunto de la cabeza y no tanto del corazón, pero al menos no es algo meramente abstracto, tal como un estudio de su libro “República” mostrará.

- “Tendría el hombre la Razón en supremo control, con el corazón fortalecido por el coraje, y así sería capaz de elegir el bien, resistir

al mal, y si necesario fuese soportar el dolor, con la templanza regulando el apetito, y todo así sujeto y relacionado por la justicia”

Este es un buen ideal, sin embargo, por naturaleza, el hombre está bajo el dominio del pecado, y la abstracta razón no puede de manera alguna controlar al hombre, así como tampoco puede hallar fuerza alguna en sí mismo para resistir al mal y seguir el bien.

Si bien las declaraciones de Platón sean impecables, carecen totalmente de fruto, puesto que son impotentes para la carne. El Hombre precisa de un Redentor, y precisa además de *novedad de vida*, antes que pueda venir a servir en *novedad de espíritu*. El fracaso del Judío, de alguna manera más perfecto que la República de Platón, y bajo una más perfecta ley que toda la ética de Platón, es un serio aviso para todos los tiempos.

No pediremos disculpa por el escaso espacio que le ofrecemos a este gran filósofo. La propia complejión de su enseñanza hace con que cualquier relato que pretendiésemos hacerle sería irremediabilmente inadecuado. Si fuésemos a ocuparnos tratando un solo punto y explicar qué significa por la “idea” en el sistema Platónico, tendríamos que escribir varios libros, con explicaciones de los términos a cada rato. Ya es suficiente con que tengamos sus obras registradas, y que no tenemos necesidad alguna de gastar años de estudio antes que podamos llegar al “Bien” abstracto que persigue, el cual fue El Supremo Final de Platón. Ya es más que suficiente que hayamos encontrado todo nuestro “Bien”, y todo nuestro “Objetivo”, al tiempo que hemos hallado toda nuestra sabiduría, coraje y control, en una Cabeza viviente - Jesucristo nuestro Señor.

Aristóteles, el Realista

Si Platón es el *idealista* en la escuela Socrática, Aristóteles es el *realista*. Al tiempo que Platón es literario, Aristóteles es científico, y su conocimiento enciclopédico. No es tarea fácil subdividir la enseñanza de Aristóteles en secciones, pero de alguna manera podemos decir que recae en tres grupos, representados por *la lógica, la física y lo ético o moral*.

En el año 343 antes de Cristo Aristóteles fue llamado a Macedonia por Felipe para encargarse de la educación de su hijo, en la altura con catorce años. Este hijo vendría a ser posteriormente conocido como Alejandro Magno o el Grande, y es referido por el profeta Daniel. El *Organon* de Aristóteles es la base sobre la cual reposa su fama como inventor de la *lógica deductiva*, y fue en oposición crítica a esta obra que Bacon escribió su *Novum Organon*, ganando para sí con ella el título del inventor de la *lógica inductiva* (Consulte *El Silogismo* en las series: “Con todo tu corazón, adquiere entendimiento”, Volumen 23, página 129).

En lo *ético*, Aristóteles se opuso a la doctrina de los Estoicos, argumentando que no podemos ser indiferentes a los bienes exteriores, ni a todo cuanto nos envuelve generalmente. Enseñó que la verdadera máxima no era la negación, sino la subordinación. Aristóteles difiere de Platón con respecto a la inmortalidad del alma, y se aproxima más de cerca de la enseñanza de las Escrituras. La historia de Schwegeler contiene el siguiente sumario:

- “El alma se relaciona al cuerpo como la forma a la materia; es el principio inanimado. Simplemente por esta razón el alma no puede ser considerada sin el cuerpo; así como tampoco puede existir por sí, y con el cuerpo cesa de ser”.

Para apreciar bien esta declaración debemos conocer algo de los cuatro principios o causas de Aristóteles, y la relación de la *materia* a la *forma*. Aristóteles deposita cuatro principios: lo formal, la materia, la eficiencia, y el final. Por ejemplo, en el caso de una casa, los materiales de edificación son *la materia*, la idea de la casa es *la forma*, la causa *eficiente* es la construcción, y la casa actual en sí la causa *final*. Además, Aristóteles hace una diferencia entre el “alma” y el “espíritu”. Habla de la *nous*, la “mente”, como siendo esencialmente diferente del “alma”, y no relacionada con las facultades inferiores:

- “Proviene, una vez que no resulta ser de los procesos inferiores, de otra parte en el cuerpo, y es igualmente de nuevo separable de él”

Con esta declaración podemos comparar las palabras del Eclesiastés:

- El polvo vuelve a la tierra, como era, y el espíritu vuelve a Dios que lo dio (Eclesiastés 12:7).

Lo *summum bonum*, o lo “sumamente bueno”, de acuerdo a Aristóteles, es la felicidad, pero su felicidad no tan solo comporta bien estar, sino además bien hacer. Su definición de felicidad es una “perfecta actividad en una vida perfecta”. Con esto podemos comparar las palabras del Apóstol en Romanos:

- El anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios...porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios (Rom.8:19-21).

Aristóteles sintió el fardo, y compartió el gemido de una creación sujeta a vanidad. También se dio cuenta de que la perfecta felicidad demanda la perfecta libertad, pero nada supo ni conoció de Aquel por Quien este gemir vendrá a ser un día silenciado, y Quien mismo ahora le ofrece a su gente creyente el “espíritu de adopción” como la gloriosa garantía de la futura “redención del cuerpo”, en la cual la perfecta felicidad vendrá a realizarse en una vida perfecta. La virtud, según Aristóteles, es el resultado del acto moral frecuentemente repetido; es una cualidad que se adquiere a través del ejercicio. Podemos comparar esto con las palabras del Apóstol en Hebreos 5:14, donde habla de aquellos que

- “Han alcanzado la madurez, los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal”.

Está claro que es casi imposible en estas páginas dar una adecuada idea de la amplitud y la riqueza de la enseñanza de Aristóteles. Y sin embargo, con toda su sabiduría, y con todo su contributo al mundo del pensamiento y la investigación, no alcanzó la posición lograda por el pobre e iletrado mendigo que había visto al Señor y pudo decir:

- Una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo.

Hay una cosa que está visiblemente ausente de los escritos de la mayoría de estos hombres sabios de la tierra, y es el sentido de pecado. Este sentido se despierta por la predicación o la lectura de las Escrituras, y hace con que el confeso pecador inicie una búsqueda, no por la mera felicidad, sino por el perdón y reconciliación, por la paz con Dios y la vida. Una vez que estas cosas pasan a ser nuestras, los asuntos que ocuparon la atención de estos hombres de la antigüedad no dejan de ser sino niñerías. Por muy importantes pensamientos que puedan para ellos ser, no librarán jamás a nadie del sepulcro, y si hay una lección que podamos aprender del Eclesiastés, es con toda la certeza la importancia primordial de “la vida venidera”.

- “Dado por cierto que hay una vida más allá del sepulcro, entonces, aunque el perverso pueda sentarse en el lugar del juicio (Ecles.3:16), y aunque multitud de iniquidades y perplejos misterios de la providencia puedan todavía desconcertarnos (Ecles.7:15; 8:14, 17), aunque la carrera no sea para el veloz ni la batalla para el fuerte, no en tanto, todos tenemos que tener en cuenta el tiempo y ocasión. Será sabio que temamos a Dios y guardemos Sus mandamientos, pues viene un día de juicio acercándose a pasos agigantados; y si es un día de juicio, entonces es un día en el cual ha de enderezarse lo torcido, las desigualdades volverse en igualdad; un día de VIDA de entre los muertos, donde la vanidad y la vejación de espíritu jamás volverán a aparecer, pues la muerte y el Hades serán destruidos en la segunda muerte, y Dios declarará y resolverá todos los misterios de la vida en la VIDA VENIDERA” (Extracto del Volumen 10, página 168).

Los Filósofos de los Tiempos del Nuevo Testamento

- **Estoicismo, la Filosofía del Orgullo**
- **Epicuriano, la Filosofía del Placer**

- **Escepticismo, la Filosofía de la Indiferencia**

Nuestras investigaciones en la historia de la filosofía nos llevan por fin al contacto actual con los filósofos mencionados en la Escritura. Los sucesores de Aristóteles fueron los Estoicos y los Epicúreos, y ambas escuelas se mencionan en Hechos 17.

Estoicismo

Para el Estoico, la condición apropiada de la mente se expresaba por la palabra *apatía*; para el Epicúreo, por la *auto gratificación* de todos los deseos; y para el Escéptico, por la imperturbable *indiferencia*. Los tres concordaban en un punto, esto es, que la única vía para la felicidad era la paz mental, pero cada uno la procuraba a su manera – la paz de la *apatía*, la paz de la *auto gratificación*, y la paz de la *indiferencia*.

¡Qué gran regocijo de corazón es pensar en la “paz con Dios”, la cual justifica al creyente que la posee! Dicha paz proviene de nuestro Señor Jesucristo, y esa “paz de Dios” que ultrapasa toda comprensión, guarda nuestros corazones y mentes a través de Cristo Jesús. ¡Qué tremenda mudanza! Nada tiene que ver la paz de la *apatía* del Estoico con la paz del creyente con Dios por causa del sacrificio expiatorio de Cristo.

Zenón, el fundador del Estoicismo, enseñaba que el verdadero negocio de toda Filosofía es la conducta humana, y tenía muy poca simpatía para con el idealismo y dialéctica de Platón y su escuela. El gran interés en la lógica llevado a cabo por la escuela Socrática no fue perpetuado por los Estoicos. De hecho, uno de ellos comparó la lógica al consumo de langostas – demasiado trabajo para tan poco alimento. Esta actitud fue llevada probablemente al extremo por el abuso de la lógica entre aquellos por cuyas paradojas se mostraban muy listos y astutos, aunque al mismo tiempo inútiles miembros de la sociedad.

- “Perteneciendo a una era moralmente depravada y políticamente oprimida, su fundador, Zenón, concibió la idea de la liberación de uno mismo, y a todos cuantos estuvieron aptos para seguirle, de la degeneración y esclavitud de la era, por medio de una filosofía

que, por el puritanismo y el esfuerzo de voluntad moral, procuraría la independencia de todas las cosas externas y la paz interior sin florituras”.

Este himno al dios Jove, escrito por el Estoico Cleanthes, y citado por Pablo en el areópago de Atenas, muestra cuán próximo por veces estos hombres se acercan a la verdad:

“¡Más glorioso de los dioses, oh inmortal Jove!
¡Supremo, abajo en la tierra, y encima en el cielo!
Tú, la gran primera causa, de cuyo es el mundo de las leyes Naturales,
Ante tu trono nosotros los mortales nos inclinamos con asombro;
Porque hechura tuya somos. Al hombre le es concedido –
Al hombre solamente – levantar una voz al cielo”

“Seguir la naturaleza” y “vivir de acuerdo a la naturaleza” constituye los principios morales de los Estoicos, pero su actitud no debe confundirse con la de los Epicúreos, los cuales hicieron del placer su guía y objetivo. La interpretación Estoica era “vivir en armonía con tu propia naturaleza racional, al punto de no corromperse y distorsionarse por el arte, y excluir cada fin personal, consecuentemente – evitar el placer”. ¡Qué altos ideales! ¡Pero que pobres materiales sobre los cuales edificar! Hay, ciertamente, una “corrupción” y una “distorsión” más profunda que la producida por el “arte”, que hace con que la exhortación a “seguir la naturaleza” no deje de ser sino una vía que acaba solamente en muerte. Las palabras del profeta:

- “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros” (Isaías 53:6)

contienen la verdad concerniente a la naturaleza del pecado y el único y solo remedio – un remedio totalmente desconocido para la filosofía Estoica.

Las palabras del Apóstol en Hechos 20:24: “De ninguna cosa hago caso, ni estimo mi vida para mí mismo” habrían ganado la aprobación del Estoico, pero no habría comprendido el motivo del Apóstol, el cual no era

otro sino su sustituto, “Cristo y el evangelio”. El Estoico afirmaba que tan solo era bueno quien fuese *perfectamente bueno*. Su estándar, sin embargo, no estaba en la ley de la justicia de Dios, sino en “la razón y la naturaleza”. Sostenían que el acto de moral impecable tan solo era posible a través de la posesión completa de la virtud, una perfecta percepción de lo bueno, y el perfecto poder de realización. El apóstol Pablo podría haberles dicho, por su experiencia personal, cuan profundo abismo hay entre la “perfecta percepción” y el “perfecto poder”:

- Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago...el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo...Miserable de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? Rom.7:15-24).

F. W. Farrar escribe de los Estoicos lo siguiente:

- “Deseando alcanzar una completa supremacía, no solo sobre sus pasiones, sino además sobre sus circunstancias – profesaban una *ficticia indiferencia* a cada influencia de dolor o pesar (Pues nunca hubo hasta hoy un solo filósofo Que pudiera soportar el dolor de muelas con paciencia) (Shakespeare)
- Permaneciendo orgullosamente aislados en su desamparada independencia y esfuerzo de auto afirmación, los Estoicos, con su maquillada apatía, habían estirado el poder de la voluntad hasta agrietarla y reducirla bajo la cepa antinatural, y esto les proporcionó a sus vidas una conciencia de insinceridad que, entre los peores de ellos, degradó su filosofía en una capa para ocultar debajo toda forma de ambición e iniquidad, y que hizo con que, las almas más nobles entre ellos, cayesen en la melancolía con un mórbido egoísmo e intenso desespero. En medio de sus peores degeneraciones, el Estoicismo pasó a ser la apoteosis del suicidio, así como el Epicuriano la glorificación del deseo y la lujuria”.

El Epicuriano

La palabra clave de los Epicúreos era el *placer*, y las moralidades se explicaban todas a esta luz. El marinero que arriesgara su vida para salvar a

un extraño, el mártir que moría por su fe, quien despilfarraba y arruinase las vidas de terceros, todos estos actuaban así, según Epicuro, tan solamente por el “placer” que recibían en sus actos. Bien podemos imaginarnos cuán rápidamente se diseminaría una tal filosofía como una plaga sobre las comunidades. El Apóstol probablemente tuvo a los Epicúreos en mente cuando se refirió a aquellos “cuyo dios es su propio vientre”, pues Metrodous aseguraba que toda cosa buena se relacionaba al vientre. Demandar la virtud por sí lo consideraban ellos insensatez. De acuerdo al punto de vista Epicúreo, tan solo aquellos que tenían el placer por su objetivo poseían una verdadera finalidad en la vida.

Los Estoicos y los Epicúreos pueden ser considerados los exponentes máximos del orgullo y del placer, y cada uno de ellos en su propio camino se volvía necesariamente enemigo de la fe.

Los Epicúreos eran materialistas. Los dioses, si es que existiesen, habitaban aparte en completa indiferencia. El universo no era más que algo salido al azar, y una vez que no hay creador alguno en él, no podía de manera alguna haber un gobernador moral, y por consiguiente, ningún día de juicio. La idea de una resurrección les parecía totalmente ridícula; y, tal como el Apóstol escribió: “...si los muertos no resucitan, comamos y bebamos; porque mañana moriremos”, que era exactamente lo que la filosofía Epicúrea conllevaba. Para los Estoicos la idea del futuro castigo o recompensa también les resultaba intolerable, así que ahora podemos apreciar bien la vía en la cual el Apóstol va exponiendo el día del juicio, y la resurrección de los muertos, cuando se dirigió hablando a estos filósofos en el Areópago de Atenas.

Pablo no pudo ignorar el hecho de que Sócrates también había sido acusado ante el Concilio Ateniense en el Areópago de introducir *dioses extraños*, y había alegado su propia causa, tal como lo hizo el Apóstol. Las palabras iniciales de su defensa fueron las siguientes:

- “Varones Atenienses (las mismas palabras que fueron usadas por el apóstol Pablo), no sé bien cómo os habéis dejado persuadir por mis acusadores; pero yo no tengo nada que reprocharme de todo cuanto tan persuasivamente os han ellos referido. Si me oís

defendiéndome a mí mismo en la misma lengua que acostumbro usar en la plaza del mercado, donde y en otros lugares la mayoría de vosotros siempre me ha escuchado, permítanme suplicarles que no se sorprendan por eso, o lo tomen a mal, pues resulta que: hoy y ahora, por primera vez, a la edad de más de setenta años, aparezco para juicio en este tribunal”.

Sócrates no conocía al Salvador, ni la bendita esperanza de la resurrección, pero pudo decirles a sus jueces: “Debo obedecer a Dios ante que a los hombres”, y murió por su enseñanza y su conciencia. Ciertamente nos parece que el Apóstol, quien escribió de los Gentiles que no tenían la ley (Rom.2), y del periodo de la ignorancia Gentil *que Dios pasó por alto* (Hechos 17), no dejaría de ver con muy buenos ojos al anciano filósofo que había estado defendiéndose a sí propio unos pocos años antes en el mismo lugar.

Escepticismo

El restante sistema filosófico que vamos a tratar es el Escepticismo. La doctrina fundamental del Escéptico era la misma que la de los Estoicos y los Epicúreos – esto es, que “la filosofía ha de conducirnos a la felicidad”.

Los Escépticos afirmaban que la realidad de todas las cosas se hallaba por encima de la esfera de nuestro conocimiento. Pues todos nosotros sabemos: lo opuesto de cada proposición todavía es posible. En las circunstancias, la verdadera línea para el filósofo es una completa suspensión de juicio. Su actitud era: “Es posible, tal vez sea así, de cierto nada sé” – a lo cual cuidadosamente añadía: “Ni tan siquiera sé bien que nada cierto sepa”. En esta suspensión de juicio, y solo en esto, el Escéptico creía que debía hallarse la tranquilidad.

Pablo, como ya hemos visto, presentó su testimonio delante de los Estoicos y Epicúreos; en el caso del Señor Jesucristo, fue delante del Escéptico Poncio Pilato que dio el Suyo propio. Cuando Pilato le preguntó: “¿Eres tú un Rey?” el Señor le respondió: “Tú dices que Yo soy un rey. Para este propósito he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad.

Todo aquel que es de la verdad oye Mi voz” (Juan 18:37 R.V.). A lo cual Pilato replicó: “¿Qué es la verdad?” Pilato no formula esta pregunta con el fin de obtener una respuesta. Sus palabras fueron las palabras de un Escéptico, y fueron probablemente pronunciadas con burla y una actitud altiva y despectiva, sin esperar una respuesta, y estando convencido de que no habría respuesta alguna.

- Y cuando hubo dicho esto (sin aguardar respuesta), salió otra vez a los Judíos, y les dijo: Yo no hallo en él ningún delito (Juan 18:38).

Aquí, delante de uno de los productos más básicos de la filosofía de las edades, se hallaba la Verdad viviente en Sí Mismo, y sin embargo los Judíos combinaron con los Gentiles llevarle a la muerte, escogiendo antes a Barrabás.

A través de toda esta serie tan solo hemos tenido en cuenta un objetivo – hacer todo lo posible para crear la impresión en el lector con el hecho de que la única verdadera sabiduría es la sabiduría que proviene del Cristo viviente personal. Todo lo demás no pasa de ser sino un andar a tientas sin sentido en medio de tinieblas. Tan solo Él resuelve el problema de Ser y del Llegar a Ser; de la Causa Primal y el Supremo Objetivo. Él solo es el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin.

Al igual que Asaf, también nosotros hemos afligido nuestras almas en las escuelas de la filosofía, y ni hallamos en ellas satisfacción ni tampoco paz mental, hasta que por fin nos adentramos en el santuario, y allí vimos el fin de todo. A la luz del nacimiento en Belén, el sacrificio del Calvario, y la resurrección de la tumba sellada, vemos todo cuanto ningún filósofo pudo jamás descubrir, y como Asaf ahora también decimos:

- ¿A Quién tengo yo en el cielo sino a Ti? Y nadie hay sobre la tierra que yo desee sino a Ti (Salmo 73:25).

Tal vez podamos emprender en el futuro la tarea de mostrarle al lector la filosofía actual de la Escritura en sí:

- Porque las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya alumbra (1ª Juan 2:8).
 - Sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en Su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios y la vida eterna (1ª Juan 5:20).
-